

2661

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CRÉDITO DEL VICIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

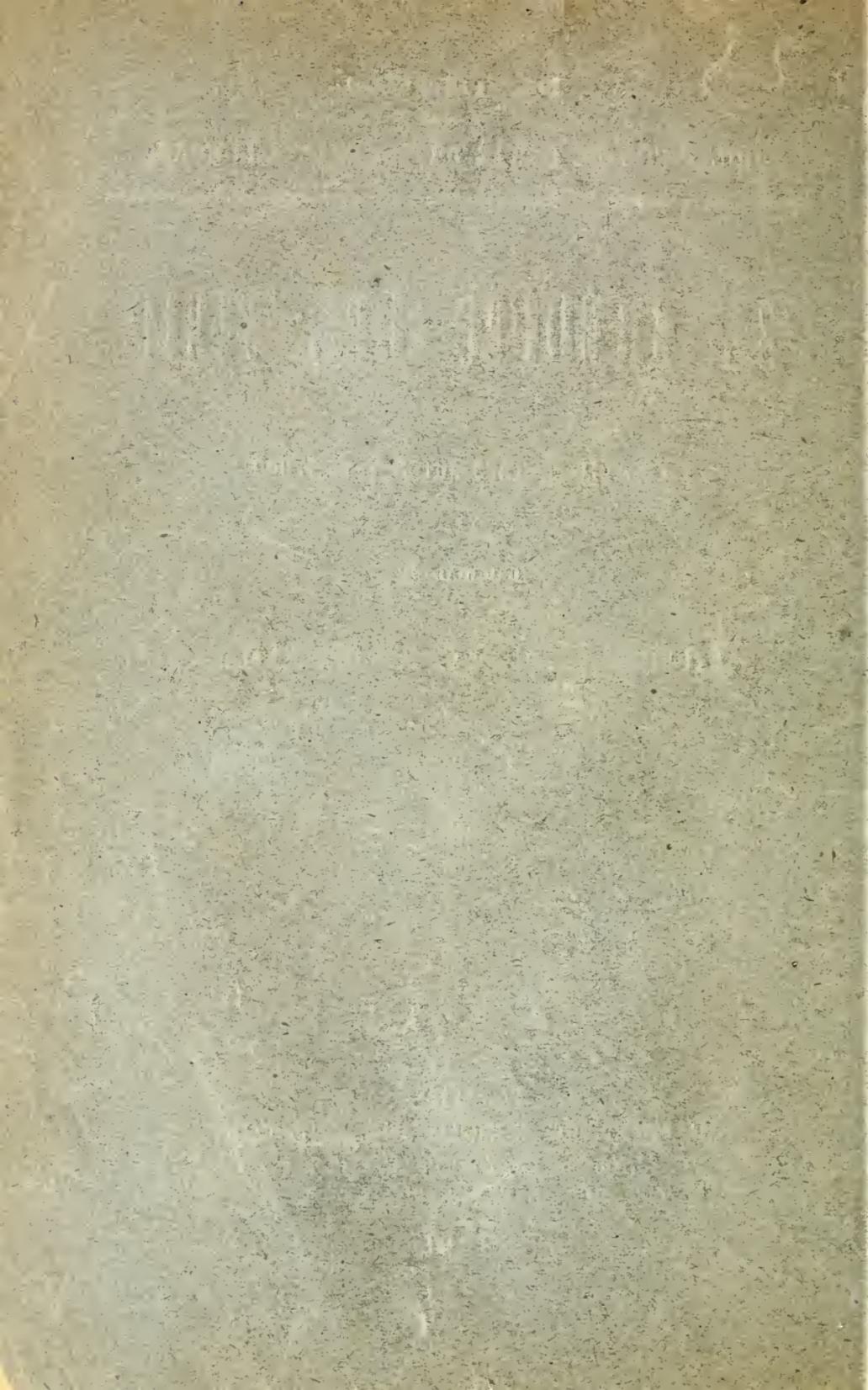
LUIS CALVO REVILLA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

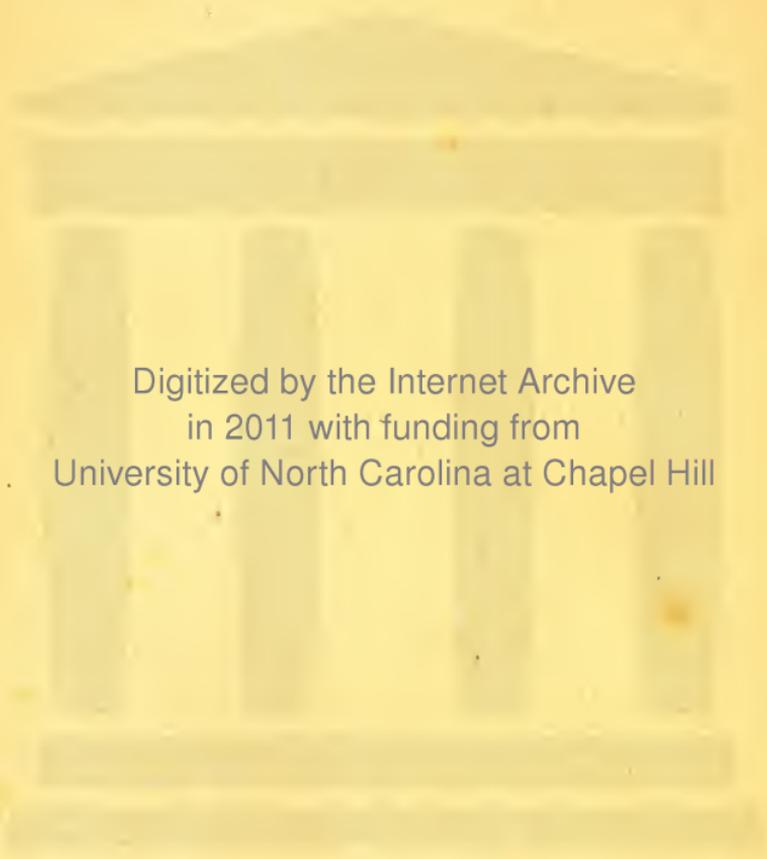
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.

1890



EL CRÉDITO DEL VICIO



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL CRÉDITO DEL VICIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

LUIS CALVO REVILLA

Representada por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL la noche
del 15 de Marzo de 1890.



MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES

ACTORES

MERCEDES..	SRTA.	DOÑA	LUISA G. CALDERÓN.
MARQUESA .	SRA.	»	AMPARO GUILLÉN DE RIVELLES.
LAURA.....	»	»	ELISA CASAS.
MARÍA.....	SRTA.	»	CONSUELO ALISEDO.
GONZALO...	SR.	DON	RICARDO CALVO.
DON PEDRO.	»	»	DONATO JIMÉNEZ.
ERNESTO...	»	»	JAIME RIVELLES.
DON LUIS...	»	»	JOSÉ PÉREZ.
RAMÓN.....	»	»	JUAN VARELA.

La escena se supone en la época presente.—Los tres actos en casa de don Pedro.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A ADRIANA

Luis.

608626



ACTO PRIMERO

Sala elegantemente amueblada. Puerta al foro, otra á la izquierda, en primer término; dos á la derecha; ventana en segundo término, á la izquierda. Mesa escritorio al mismo lado.

ESCENA PRIMERA

LAURA y MARÍA

- LAURA. Aún duerme.
(Escuchando á la puerta de la izquierda.)
- MARIA. Como el viaje
ha sido largo, y lo ha hecho
sin detenerse ni un día...
- LAURA. Si no tienes argumento
mejor para disculparle,
lo que es ese no es de peso.
Desde que tu padre hizo,
accediendo á tu deseo,
que Gonzalo regresase
de Berlín con el objeto
de que presencie tu boda,
ni descanso ni sosiego;
y ya ves, estoy despierta
desde las siete.
- MARIA. Con eso

demuestras que eres sensible
y vehemente hasta el extremo,
y quizás él...

LAURA. ¿No lo sea?
Puede ser; mas se habrá vuelto.

MARIA. Diez años no más tenía
cuando marchó al extranjero;
ya han pasado quince: en tantos
se muda el gusto y el genio;
y si piensas que es el mismo
enamorado muñeco
que en serio te pretendía
por imitar en sus juegos
á las personas mayores,
mucho es tu candor; el sexo
fuerte toma á cada paso
caracteres tan diversos..
Esos amores de niño
se olvidan en poco tiempo;
y sobre todo en la ausencia,
y más en el extranjero,
que dicen que vasto campo
ofrece á los devaneos:
conque ya ves qué esperanzas..
Gonzalo tendrá de esto
tanto, que será difícil
que conserve ni el recuerdo...

LAURA. Es tu opinión.

MARIA. Si la tuya
es distinta, la respeto;
mas no entiendo en qué se apoya.

LAURA. En que conozco su genio;
en que Gonzalo me ha escrito
sin pérdida de un correo
desde su ausencia, y por días
más amante y más atento,
y en que dicen que las damas
extranjeras, por supuesto
en lo físico, que en prendas
de más valor no me meto,
valen poco.

MARIA. ¡Qué inocente!

¿Acaso se lleva el premio
la hermosura? Las pasiones
son ya cosa de otro tiempo,
y no hay nada más absurdo
que esos vanos sentimientos
que duran tan solo un hora,
y si sólo fueron ellos
el origen de otros lazos
que tienen más fundamento,
cuando los absurdos cesan
y se disipan los sueños,
la realidad de la vida
presenta tan mal aspecto...

LAURA. ¿Y en los colegios franceses
aprendiste todo eso?
Que, á la verdad, tus discursos
son muy propios de los viejos,
porque el fuego de la vida,
que es amor, se apaga en ellos;
pero también es muy propio
que al nacer el pensamiento,
al sentir por vez primera
vibraciones en el pecho,
las ideas de cariño
nazcan con el mismo fuego
é igual fuerza que en la altura
lleva ese sol de los cielos,
radiante cuando se eleva,
débil cuando va cayendo.

MARIA. Pues con todas tus razones, (Contrariada.)
en cuanto á Gonzalo puedo
afirmar que te equivocas;
y con verdad que me alegro,
porque me incomoda, prima,
que le supongas tan necio
siendo mi hermano.

LAURA. (Con temor.) ¿Y qué cosa
puedes afirmar?

MARIA. Que en esto
de pasiones y constancias,
amores y pasatiempos,
piensa muy á la moderna,

y que más de un devaneo
se ha permitido en los años
en que le supones ciego
por tu beldad.

LAURA. (Con inquietud.) ¿Y quién dijo?...

MARIA. ¿Pues quién ha de ser? Ernesto.
Ya sabes que han estudiado
juntos, que son compañeros.

LAURA. ¿Y será verdad? (Con temor y angustia.)

MARIA. Prescinde
de desmayos y mareos,
y cosas que en las comedias
sólo producen efecto.

LAURA. ¡Oh, si es así!... (Con indignación.)

MARIA. (Prestando atención.) Pero calla;
ya parece que le sienta.
Vas á hallarte en la presencia
de tu galán, y te dejas. (Queriendo retirarse.)

LAURA. ¡ESO NO! (Deteniéndola.)

MARIA. ¿Quieres hacerme
testigo de tus denuestos?

ESCENA II

DICHOS y GONZALO

GONZ. ¡Hola! ¡que estábais aquí!
(Con sorpresa y alegría.)

LAURA. ¿Molestamos? (Con disgusto.)

GONZ. Antes yo
podré molestaros.

MARIA. No;
pero hablábamos de tí.

GONZ. ¿De mí?

MARIA. Sí, de tu regreso;
de si en quince años de ausencia
habrá alguna diferencia
en tus gustos.

GONZ. ¡Bueno es eso!
Dudar de mi condición
sin causa, y con tal afán,
me recuerda aquel refrán

- que dice: «Piensa el ladrón...»
- LAURA. Esta dudó; sus afanes,
yo rechazaba, eso es todo.
¿Verdad, María? (Esta asiente.)
De modo (A Gonzalo.)
que están de más los refranes.
Pero de lo dicho infiero
que en esta ocasión intentas,
antes que te pidan cuentas,
pedírmelas tú primero.
Algo se ha sabido aquí,
porque al fin todo se sabe,
y algo se ha sabido grave;
y aunque no quepan en mí
las dudas y las porfías
de que motejarme intentas,
bueno es que rindamos cuentas:
tú las tuyas, yo las mías.
- GONZ. ¿Cuentas? (Con sorpresa.)
En ellas confío, (Con resignación.)
Laura, y á darlas me avengo
porque el amor que te tengo
tanto es tuyo como mio.
A ello cedo, y nada arguyo;
mas te ruego que no olvides
que lo hago porque me pides
las cuentas de lo que es tuyo.
- LAURA. Si las has de dar así,
me pones en interés
de no admitir que las des.
- GONZ. Caso es ya de honor en mí,
y en vano evitarlo intentas,
pues que por tu gusto ha sido.
- MARIA. Es de lo más divertido (Aparte.)
dos novios haciendo cuentas.
- GONZ. Como no entiendo este error
á darlas de ello no voy;
darelas de lo que soy,
que será mucho mejor.
Ya sabes que visionario
he sido siempre, de niño:
contemplaba con cariño...

con asombro extraordinario,
ese prodigio sin nombre,
que el paso á la vista cierra:
cielo arriba, abajo tierra,
entre cielo y tierra el hombre,
y de ello deduje así:
—Estoy entre el mundo y Dios;
por eso soy de los dos:
bien y mal están en mí.—
Y orgulloso como quien
el misterio ha comprendido,
gozoso y fortalecido
con esa idea del bien,
viendo ese cielo sereno,
que tanta hermosura encierra,
me gustó más que la tierra,
y dije: Quiero ser bueno.

MARIA. Sus delirios son constantes,
(Aparte por Gonzalo.)
y el temor de Laura es vano:
está visto, que mi hermano
vuelve tan loco como antes.

GONZ. Mas vino la ciencia ingrata,
que toda ilusión se lleva:
no quiere la fé, la prueba;
eso busca, de eso trata;
y como hoy la ciencia priva,
yo quedeme en tal trabajo
con lo grosero de abajo
y sin lo hermoso de arriba.
No vayas á presumir
que las virtudes dejé;
mas me pasó que quedé
sin gusto para vivir.
Y con extraña inquietud,
afanado en la gestión
de hallar, fundada en razón,
la causa de la virtud,
dí con ella; tú verás
por qué medios. Tal estamos
formados que si pensamos
en qué ocurre á los demás

si ello son penas precisa
será, al pensar, la tristeza,
pues no es de naturaleza
que el mal se aprecie con risa.

Y si por precisos modos
sufro con el mal ageno,
por ley natural soy bueno,
y soy bueno para todos.

Aquí tienes, pues, probada
la ficción de tu quimera:
haberte engañado, fuera
acción infame, malvada.

Pensara en ella, es razón;
al pensar en tu amargura,
tan implacable y tan dura
labrara en mi corazón;
luégo sólo por decirlo
dijo el que dijo este engaño,
que no puedo hacerte daño
siquiera por no sufrirlo.

LAURA. Bien hablado y bien sentido,
y bien tu mente se exalta;
sólo tiene eso una falta:
que yo no lo he comprendido.
Y en vista de ello declaro,
sin meterme á discurrir,
que el que no teme decir,
lo dice todo más claro.

GONZ. Si es que has formado el empeño
(Contrariado.)
de no atender á razones,
¿á qué más explicaciones
pretendes? Tú eres muy dueño
de dar crédito á esas nuevas,
que algún menguado forjó;
mas te prevengo que yo
no admito cargos sin pruebas.

LAURA. De que me has sido constante
las exijo.

GONZ. Ya las di.

LAURA. Las que convienen aquí
no son de sabio, de amante:

esas quiero merecer.

GONZ. Pues las tendrás, y seguras.

LAURA. Pero sigo estando á obscuras.

GONZ. Será que no quieres ver.

Dilata los dulces ojos, (Con cariño.)

que son del alma reflejos,

y por los míos, muy lejos,

en busca de esos antojos

guía esos rayos de luz, (Por sus miradas.)

y alumbra este pecho amante:

si ves algo que te espante,

otro lazo ú otra cruz,

da crédito á esas quimeras,

que tal me enojan en tí;

si no, cree que para mí

eres la misma que eras.

¿Cuando tu rostro veía,

recuerdas mi turbación?

Pues mira si esta expresión

es aquella todavía.

¿Cuando tus manos así

temblé de amor como un loco?

Pues dí, fijándote un poco,

(Asiéndole las manos)

si entonces temblaba así,

y desvanece las pausas

en nuestros puros afectos:

si iguales son los efectos,

serán iguales las causas.

LAURA. ¡Gonzalo! (Con pasión.)

GONZ. ¿Es esto que das

mís argumentos por buenos?

LAURA. Es que me has hablado menos

y te he comprendido más.

GONZ. Porque á creer te acomodas,

y es lo justo.

LAURA. No señor:

porque el lenguaje de amor,

ese lo entendemos todas.

GONZ. ¿No habrá más riñas ni prontos,

ni esto dicen y yo escucho?

LAURA. Sólo habrá quererte mucho

(Estrechándole las manos.)

MARIA. ¡Señor! ¡Y qué par de tontos!

ESCENA III

DICHOS, DON LUIS y la MARQUESA

- LUIS. ¡Oiga! ¡Pues no pierde el tiempo el MOZO! (Aparte con sorpresa por Gonzalo.)
- MARQ. (Por María y Laura.) ¡Pero estas niñas!... ¿No recordáis que hoy es fiesta? (Á ellas.)
- MARIA. ¡Es verdad!
- MARQ. (Á Gonzalo.) Muy buenos días. Será tu hermano, supongo. (Á María, por Gonzalo.)
- MARIA. El mismo.
- MARQ. (A Gonzalo.) Tengo á gran dicha conocerle.
- LUIS. (Á Gonzalo, presentando á la Marquesa.) La Marquesa de Casa Dionís...
- MARIA. (Á Gonzalo.) Amiga muy buena y muy cariñosa.
- MARQ. Y casi de la familia.
- GONZ. ¡Ah! sí; la mamá de Ernesto.
- MARQ. Precisamente.
- GONZ. (Á la Marquesa.) ¡Se olvida el Marqués de sus amigos!
- MARQ. No; su primera visita (A Gonzalo.) será para usted sin duda. Anoche venir quería; mas se le hizo tarde. ¡Vamos! (Á Laura y María.) ¡Que vais á perder la misa! Todos los días de fiesta (Á Gonzalo.) la oímos juntas.
- LAURA. (Á Gonzalo, por la Marquesa.) Se cuida de venir á recogerlos.
- MARIA. Es muy buena.
- MARQ. (Indicándolas que salgan.) Conque, niñas... ¿Gonzalo?... (Saludándole.)
- GONZ. (Ofreciéndose.) ¿Señora?... Sab

- MARQ. Creo que las cortesías
están de más en nosotros.
Yo me paso con María
aún más tiempo que en mi casa
¿Don Luis?... (Saludándole.)
- LUIS. (Idem.) Hasta la vista.
- LAURA. Adiós, Gonzalo.
- GONZ. (A Laura.) Hasta luego
- MARÍA. ¿Laura? ¡ven! (Con impaciencia.)
- LUIS. (A Laura.) ¡Vamos, aprisa!
¡Á dejar los pecadillos
y á hacer acopio en seguida!
- LAURA. ¡Qué cosas!... (Con rubor.)
- LUIS. (Remedándola.) ¡Son unas cosas!...
- MARQ. Usted siempre tan bromista.
(Vanse las tres.)

ESCENA IV

GONZALO y DON LUIS

- LUIS. ¡Vaya, que está usted hecho un mozo!
¡Si me parece mentira
que sea usted el chicuelo
que tanto me entretenía!...
Digo; si estaba de buenas,
que algunas veces me iba...
Como diera usted en la gracia,
que era muy frecuente, ó fija,
de jugar con mis bigotes,
ó con mi calva, que es chica,
ya podía encomendarme
á las ánimas benditas.
¡Jesús, y qué mala pieza
era usted! ¡y qué dañina
su intención! ¡Si muchas
veces, su padre me lo decía!
Es de la piel del demonio.
Hoy ya...
- GONZ. La piel es la misma;
mas del demonio no creo.

LUIS. ¡Qué guapo chico! ¡Y de chispa!
Yo soy unas castañuelas,
y en cuanto me entra la risa...
Y eso que voy siendo viejo:
¡se echan los años encima!...
He cumplido los cincuenta;
pero tengo la energía
de un mozuelo. Y aseguro
que no uso afeites ni tintas:
todo cuanto llevo es mío
y del modo que se cría.
Y aun así, se me figura
que por detrás no hay quien diga...
¿Verdad, Gonzalo?

GONZ. Evidente.

LUIS. ¿Y qué tal? ¿qué tal la vida
por Berlín? ¿Dejó usted aquello
con dolor? ¿Quedó cautiva
allí el alma? Con franqueza.
¡Dicen que allí hay cada chica!...

GONZ. ¿Allí? Como en todas partes:
las hay feas, las hay lindas.

LUIS. No; las chicas alemanas
gozan de fama exquisita.

GONZ. Esas son las de cerveza.

LUIS. ¡Qué chistosos! ¡Buenas migas
vamos á hacer! Yo me muero
por la broma y la alegría...

GONZ. No vaya usted á figurarse
por mis palabras, que indican
pocos años, que yo sea
un informal...

LUIS. La familia,
de todos los profesores
ha recibido noticias,
y ya por ellos sabemos
que usted, aunque algo idealista,
es pensador reflexivo.
Ni porque el hombre en un día
guste de echar una cana
al aire, se califica...
Ya ve usted; don Luis Borrajos,

que este es mi nombre de pila,
tiene fama de hombre recto
y juicioso, y no le quita...
Eso sí; yo siempre esclavo
estoy en mi notaría,
porqué soy notario, digo,
ya usted lo sabe. ¡Y qué vida!...
Pero sigamos hablando
como antes. ¿Y la familia?
Vamos; no estará quejoso
de la primera entrevista.
Anoche su pobre padre
lloraba... ¡Persona digna!
En fin; conque se penetre
usted de que de su vida
y costumbres, por el puesto
oficial de tanta estima
que desempeña, á su gusto
diputados, periodistas,
y aun el mundo entero pueden
ocuparse, y no hay quien diga,
tal es su fama de hombre
leal, esta boca es mía,
creo que está dicho todo.

GONZ. Pocos, aún honrados, libran
de tanto enemigo. Esto
me enorgullece; y si vida
mi pobre madre tuviera,
con tan honrada familia
me juzgaría dichoso.
Usted la conocería
sin duda.

LUIS. (Con aparente distracción.)
¿A quién? ¿Á su madre?

GONZ. Apenas si se me fija
el recuerdo de su rostro.
¡Pobre señora! ¡Sería
tan buena, tan virtuosa!
¡Como por él elegida
para suya! ¿No me atiende,
(Advirtiendo su distracción.)
don Luis?

- LUIS. (Como volviendo de su distracción.)
¿Qué? ¿qué decía?
- GONZ. ¡Este también! Mis sospechas
(Aparte con disgusto.)
en realidad se confirman.
Hablabá á usted de mi madre.
(Alto y con recelo.)
- LUIS. ¿De su madre? sí; muy linda.
(Con turbación.)
- GONZ. Todos al hablar de ella (Aparte.)
se turban. ¿Qué significa?...
- LUIS. ¿Y no ha visto esta mañana
á su papá?
- GONZ. (Con más recelo, aparte.) Pues evita
la conversación. ¿Mi padre?... (Alto.)
Aún no le he visto, y quería...
He de pedirle un recuerdo (Con intención.)
de mi madre; pues me priva
la muerte de su presencia,
alguna fotografía,
algún retrato...
- LUIS. Pues creo
que no tenga.
- GONZ. (Con extrañeza.) No se explica.
- LUIS. ¡Demonio! Don Pedro tarda
(Mirando el reloj, y como deseando terminar la
conversación.)
demasiado, y tengo prisa.
Voy en su busca.
- GONZ. (Aparte.) ¿Si esto
no es huir, qué significa?
- LUIS. Conque hasta luégo. (Despidiéndose.)
- GONZ. ¿Se marcha?
- LUIS. Pero volveré en seguida.
(Va á salir y se detiene al ver á don Pedro.)

ESCENA V

DICHOS y DON PEDRO

- LUIS. ¡Calle! ¡Que estaba usted aquí! (Á don Pedro.)

- Pues iba en busca de usted.
- PEDRO. Tarde anoche me acosté,
y tan á gusto cojí
el sueño, y con tal porfia,
cosa que nunca me pasa,
que á no haber ruido en casa
no despierto en todo el dia.
¿Y tú, Gonzalo, qué tal
has dormido?
- GONZ. ¿Yo? muy bien.
- LUIS. Está claro: ¡tanto tren!
Y por ahí fuera, tal cual;
mas viajando por España
no hay manera de dormir.
- PEDRO. Fué lo de hacerle veuir
con premura tan extraña,
sin detenerse ni un hora,
por si le daba contento
asistir al casamiento
de María.
- LUIS. (Á don Pedro.) Pues ahora
que en el asunto se da,
digo á usted que la cuestión
de la fe de defunción
de la señora mamá,
es negocio terminado
y la tendremos mañana.
- GONZ. ¿Y con quién casa mi hermana?
- PEDRO. Es enlace concertado
por ella, y digo con esto
que á su gusto. El novio es
rico, joven y Marqués
de Casa Dionís.
- GONZ. (Con sorpresa y disgusto.) ¡Ernesto!
- PEDRO. Ernesto, precisamente,
tu compañero en Berlín.
- GONZ. ¿Y ese es el esposo?... En fin,
pues le ha elegido, corriente.
No he de negarle mi voto,
si á ella le parece justo;
pero no le alabo el gusto.
- PEDRO. ¿Qué notas en él?

GONZ. Yo noto...

PEDRO. Hallar un hombre sin tacha
no es posible.

LUIS. ¡Por supuesto!
Pero bien mirado, Ernesto
ni es un tonto, ni es un facha.
Son buenas sus condiciones,
y es un hombre que conviene,

GONZ. Las tachas que Ernesto tiene
no son tachas, son tachones.

LUIS. ¿Es usted murmurador?

(Con reconvección cariñosa.)

GONZ. Quien murmurando se ultraja,
habla del caso en voz baja;
mas yo acostumbro, señor,
cuando sucesos propalo,
decir, al temor ajeno,
en voz baja lo que es bueno,
y en voz alta lo que es malo.
Y mucho más, mucho más
que esto, que en familia digo,
he dicho á Ernesto... mi amigo,

(Con ironía.)

sin ofenderle quizás.

LUIS. Bien; será de buena pasta.

GONZ. Ó no podría enojarse.

Y si quiere usted enterarse (Á don Pedro.)
de quién es Ernesto...

PEDRO. (Rocomendándole por entonces el silencio.)

Basta.

¿Con qué me decía usted?...

(Á don Luis para variar de conversación.)

LUIS. Que con ese documento
puede hacerse el casamiento
sin dificultad, y que
mañana pueden venir
á la firma.

PEDRO. Bien está;
pero sobre esto quizá
le tenga algo que decir.

LUIS. Dígalo, pues.

PEDRO. Es privado.

- GONZ. Entonces... (Haciendo ademán de retirarse.)
PEDRO. (Disculpándose con su hijo.)
Solo un momento.
GONZ. Está muy bien; pero cuento
con ser por usted avisado
cuando terminen los dos,
pues hablarle necesito.
PEDRO. Yo también.
GONZ. (Despidiéndose de su padre.)
Adiós. Repito, (Á don Luis.)
don Luis...
LUIS. (Estrechándole las manos.)
¡Buen mozo! ¡adiós!
(Vase Gonzalo por la primera de la izquierda.)

ESCENA VI

DON PEDRO y DON LUIS

- LUIS. ¿Qué tiene usted que mandarme?
PEDRO. Mandar, nada; pero vuelvo
á luchar contra la idea
de fingir el documento...
LUIS. La fe de...
PEDRO. Precisamente.
LUIS. ¡Yo no conozco, don Pedro,
hombre más escrupuloso!
¡Si se ahoga usted en un dedo
de agua!
PEDRO. No es mi carácter
asustadizo, y aún menos
débil, sino opuesto á todo
lo que parece incorrecto;
y esto lo es.
LUIS. Lo es sin duda;
mas sin riesgo de tercero
ni de nadie. ¿Á quién se agravia
con suponer que ella ha muerto
en Barcelona y el día
veinticuatro de Febrero,
figurando fecha y punto
en que ha ocurrido el suceso,

¿es que busca usted los medios para que no se realice la boda?

PEDRO. No es nada de eso. He accedido, y mi palabra es palabra.

LUIS. Como veo que ahora halla defectuoso al novio...

PEDRO. Y antes, y luégo.

LUIS. Pues no lo advertí.

PEDRO. No es cosa de dar á los cuatro vientos lo que se piensa, y más cuando, con gusto ó sin él, hacemos lo contrario que sentimos: que tanto puede el provecho de una hija. Mas me duele que al elegir compañero, se fijara en ese mozo, y no en otro de los ciento que por mujer la pretenden.

LUIS. Á mi pesar me entrometo, que el Marqués es buen muchacho.

PEDRO. Sí lo será...

LUIS. No es un necio Es bien querido en el mundo, y además tiene dinero; conque yo no sé.,.

PEDRO. Son otras las razones que yo tengo.

LUIS. ¿Qué podrá ser? ¡Ah! ¡Ya caigo!
(Con precipitación.)

PEDRO. (Con sorpresa.) ¿En qué?

LUIS. (Aparte.) (Soy un majadero.)
En nada. (Alto y pretendiendo disimular.)
¡El diablo del hombre!

(Aparte por don Pedro.)
¡Si no es hombre, es un chicuelo!
¡Como si lo viera! Siente que se case con Ernesto su hija, por lo que se cuenta

de que la madre del yerno
y este señor (Por don Pedro.) hace años...

¿Y qué tiene que ver eso?

¡Mire usted que es tontería!

En fin, ella lo ha resuelto; (Alto.)
usted accedió, y no es cosa
de oponerse.

PEDRO. Me someto.

Se ha empeñado en ser Marquesa.

LUIS. ¿Y qué se ha de hacer?

PEDRO. Es cierto.

LUIS. De modo, que convenidos
estamos. El documento
se extenderá, y ya mañana,
según expreso deseo
de los novios, el contrato
se firma aquí mismo.

PEDRO. Y luégo,
si contra lo que se dice,
y se asegura, y yo creo,
viviera ella...

LUIS. ¡Pero hombre
de Dios! ¿podría ser eso?
¿pues no sabe que su padre
murió en la Habana hace tiempo?
¿que yo gestiono la herencia
á favor de los dos nietos,
los hijos de usted? ¿que deja
un capital estupendo,
y que Mercedes, la madre
de esos hijos, y del muerto
hija, y por tal heredera,
no ha acudido al llamamiento
que en ocasión oportuna
se hizo?

PEDRO. Es verdad. ¿Y eso
(Después de una breve pausa.)
qué tal marcha?

LUIS. ¿Qué? ¿La herencia?
Pues muy despacio. Tenemos
las mismas dificultades.
Hay que acreditar que es cierto

que ha fallecido Mercedes,
y mire usted que no dejo
de ocuparme del asunto.
¡Como que un interés tengo,
para mí de los mayores!
Ya sabe usted que le quiero:
usted perdió su fortuna
por honrado hace algún tiempo;
desde entonces, atenido
se encuentra usted á su sueldo,
que aunque importante, se marcha
todo él y falta dinero.
Mire si tendría gusto
en que usted cobrara...

PEDRO. Eso

no mejorara mi suerte.

LUIS. Pues no sé...

PEDRO. Los herederos

son mis hijos. Yo sería,
á mi deber atendiendo,
administrador de bienes
de menores.

LUIS. Y sin sueldo; (Con ironía.)

y aun abonando intereses,
porque pasó por sus dedos
el capital. Los quebrantos
á cargo suyo; provechos
en beneficio de todos
menos de usted. Eso, eso
conduce á San Bernardino,
ó á ver al Doctor Ezquerdo.
Conque adiós, no me contagie (Despidiéndose.)

PEDRO. Adios, que venga usted luégo.

(Vase don Luis.)

Este es feliz. (Por don Luis.)

Siempre marcha

por donde soplan los vientos.
Hora es de hablar con mi hijo. }

¿Gonzalo? (Llamando.)

GONZ. (Saliendo.) ¿Solo?

PEDRO. Tal creo.

ESCENA VII

DON PEDRO y GONZALO

- GONZ. Al fin se marchó. Temí
que no nos iba á dejar,
y le tengo á usted que hablar.
- PEDRO. Bueno; yo también á tí;
que á curiosidad me mueve,
ó mejor dicho, á cuidado,
lo que de Ernesto has hablado.
Aunque tu carácter debe,
por ser bueno para tí,
presentarse á tu razón,
llevado de la pasión,
como peculiar en mí,
hace años que no nos vemos,
partiste siendo muy niño,
y á despecho del cariño
casi no nos conocemos.
- GONZ. No es difícil conocer
al hombre justo y leal.
- PEDRO. Todo eso, que no está mal,
es pintar como querer.
Y porque no desatines
quiero que en mi pecho leas,
que aprecies lo que en mi veas,
y no lo que te imagines.
Gonzalo, los años dan
tan tremendas desazones,
que allá van las ilusiones
adonde los años van.
De aquellos sueños de mozo,
de aquel predicar sin tasa,
en la calle y en la casa,
con empeño y alborozo,
contra los vicios que aquí
se toleran de mil modos;
de aquel procurar por todos,
por todos, menos por mí,
aunque en el alma guardada

la esencia halagarme pueda,
Gonzalo, tan poco queda,
que ya no me queda nada.
El positivismo ancho
me hizo al fin pagar escote,
y dejé de ser Quijote
para convertirme en Sancho.

GONZ. Aseguro que lo siento,
y no alcanzo la razón.

PEDRO. Pues no formes opinión
hasta la postre del cuento.
Que si mi labio confiesa
como, á pesar de dolerme,
ya no gusto de meterme
en lo que no me interesa,
y si me exalto é irrito
contra la dobléz y el dolo,
me irrito para mí solo;
lo que en el mundo es delito,
lo que está considerado
como deshonor seguro,
lo acrimino y lo censuro
en público y en privado.
Por el menguado interés
que á Maria de ello venga,
por el perjuicio que obtenga
al rechazar al Marqués,
no ha de nublarse esta faz; (Por la suya.)
de modo que si tú sabes
de Ernesto delitos graves,
rompo el convenio y en paz.

GONZ. Eso jamás lo he dudado.

PEDRO. Pues habla, que ya te atiendo.

GONZ. Si lo haré; pero comprendo,
por el cambio inesperado
que me reveló oportuno,
que con esto nada evito,
porque delito, delito
no le conozco ninguno
de los que la ley sentencia,
ó clasifica, ó previene,
puesto que Ernesto no tiene

sino el delito en esencia.
Son defectos en el modo
de pensar, es en razón
achaque de educación;
de aquí se deriva todo.

PEDRO. De modo que bien mirado,
sin malicia ni interés,
me dices que Ernesto es
un mozo mal educado,
y no otra cosa.

GONZ. Es así.

PEDRO. Entre necios y farsantes,
uno de tantos danzantes
como se ven por ahí.
(Asentimiento en Gonzalo.)
Si las mismas condiciones
en una mujer hubiera,
y ésta tal de ser mi nuera
alimentara ilusiones,
te entregara á Belcebú
antes que unirla contigo;
mas, con pesár te lo digo,
María no es como tú.
Ella será muy dichosa
con ser Marquesa no más.

GONZ. ¿De modo?...

PEDRO. (Con sentimiento.) Comprenderás
que no merece otra cosa.
Y pues consigue fortuna
y título, y su decoro
ni quebranto ni aminoro
con esta unión oportuna, (Con ironía.)
conviene, pues ha de ser
y en la familia ha de entrar,
que omitas el censurar
lo que no puedes vencer.

GONZ. Pero...

PEDRO. Dejémoslo estar
que esto me produce pena.

GONZ. Dejémoslo norabuena. (Con sumisión.)

PEDRO. Tú me tenías que hablar
según dijiste.

- GONZ. Es así.
- PEDRO. ¿De qué cosa?
- GONZ. De un asunto
que me preocupa hasta el punto
de no dejarme...
- PEDRO. Pues dí.
Me pones en inquietud.
- GONZ. Empezaré la cuestión. (Con mucho respeto.)
implorando su perdón.
- PEDRO. Si te curas en salud (Riendo.)
y siguen esos temores,
vas á hacerme discurrir
que á la postre has de salir
conque se trata de amores;
que esto explicara tu modo,
(Con cariñosa ironía.)
tu actitud y tu misterio:
amor es asunto serio,
á tus años sobre todo.
¿He acertado?
- GONZ. No señor.
- PEDRO. Pues el pecho desocupa.
- GONZ. Padre, lo que me preocupa
es otra clase de amor.
Algo que en otros advierto
en mi agravio, que me hiere
y alborota...
- PEDRO. (Sin comprender.) ¿Y se refiere?...
- GONZ. A una mujer que ya ha muerto.
- PEDRO. Bueno, puedes empezar.
(Con alguna inquietud.)
- GONZ. Asunto difícil es.
- PEDRO. ¿De quién hemos de hablar pues?
- GONZ. De mi madre hemos de hablar. (Con temor.)
- PEDRO. ¿Es de tu madre?... (Con más inquietud.)
- GONZ. Eso intento.
- PEDRO. ¿Y ese temor, esa lucha?...
(Por la actitud de Gonzalo.)
- GONZ. Se justifican...
- PEDRO. (Con seriedad.) Escucha
antes que comience el cuento.
He llegado á presumir

por ese temor que tienes,
que á decir, Gonzalo, vienes
algo que no debo oír.
Y como aunque cariñoso,
en algunas ocasiones,
prescindiendo de aficiones,
soy un juez muy riguroso,
quiero que al tanto te halles
de lo que en esto te toca,
y no despegues la boca
si ha de ser para que calles.
Así, para que no dudes,
sabe que siempre he pensado
que de una madre no es dado
sino elogiar las virtudes.

GONZ. Me indica esa prevención
(Muy animado con las palabras de don Pedro.)
lo justo de mi querella;
hay aquí quien duda de ella,
desde luego sin razón
como me lo imaginé;
pero que en algo se escuda
esa ofensa y esa duda,
y quiero saber en qué.

(Con resolución; pero con respeto.)

PEDRO. ¿Que hay quien duda? (Con fingida sorpresa.)

GONZ. Sí señor,

es un hecho manifiesto.

PEDRO. Gonzalo, dejemos esto,
ó darás en el error,
llevado por Belcebú
ó por tu afán de saber,
de que lleguen á creer
que aquí quien duda eres tú.

GONZ. ¡Yo dudar! (Con acento de protesta.)

PEDRO. (Rectificando.) Soñar acaso:
ver fantasmas ó quimeras.

GONZ. No es eso.

PEDRO. Pues lo que quieras.

No he de hacer maldito el caso
de eso que crees importante,
y que todo el mundo ignora.

- GONZ. Pero es que yo... (Insistiendo.)
- PEDRO. (Con decisión.) Por ahora
hemos hablado bastante.
- GONZ. La causa de esa porfia (Con sorpresa.)
obstinada no colijo.
- PEDRO. Búscala en que no transijo
con el sueño ó la manía.
Y lo es grande y sin razón
promover estas cuestiones
para tratar de ilusiones.
- GONZ. Pero como no lo son,
Como observo en mucha gente,
(Con creciente enojo.)
y gente que nos visita,
que con gran cuidado evita
tratar la cuestión de frente,
y se aturde y se atropella,
dando indicios que no paso,
si la nombro por acaso
ó si me refiero á ella,
pido verdad, pues con esto
ya franca la situación,
á los que huyen la cuestión
contestando con un gesto,
pudiera en un dos por tres
darles para sus enojos,
con la verdad en los ojos,
y arrancárselos después.
- PEDRO. ¿Qué dices? (Con gran sorpresa.)
- GONZ. Que siento aquí (Por el pecho.)
algo que nunca he sentido;
que estoy en el alma herido,
y andan por dentro de mí
pensamientos de tal suerte,
que sólo la mente alcanza
apetitos de venganza
con amenazas de muerte.
- PEDRO. ¿Es que pierdes la razón? (Con enojo.)
- GONZ. Es que en mí la angustia crece;
y hasta usted mismo parece
como que huye la cuestión,
haciendo como posible

que en mí duda pueda haber
en lo que no puede ser
dudoso ni aun presumible.

PEDRO. Pues cálmate ante esa idea,

(Dominando el enojo.)

que yo no sé lo que siento
al ver ante mí violento
á un hombre, sea el que sea,
y aunque le sobre motivo,
y aun no siendo contra mí.

GONZ. ¡Padre!... (Con respeto.)

PEDRO. (Con decisión.) Y quélese esto aquí.

Y piensa que si recibo
en silencio tus razones,
será porque hacerlo deba;
que no porque ello se mueva
cesarán tus confusiones.
Que no es prudente luchar
con lo imposible.

GONZ. (Con angustia.) ¿De modo?...

PEDRO. Que aunque lo supieras todo

(Con sentimiento.)

no lo podrás remediar.
Y pues no es posible hacerlo,
¿á qué ese empeño, Gonzalo?
lo que ocurre, bueno ó malo,
vale más no conocerlo.

ESCENA VIII

GONZALO

¡Oh! ¿Qué es esto? ¿Qué me dijo?

(Con profunda aflicción.)

¿Qué quiso decirme, cielos?

¿Qué noticias llegarían

á mis oídos, que debo

desistir, por no saberlas,

de averiguar el suceso?

¡Si me parece mentira! (Con aturdimiento.)

¡Si no admito, si no creo

estas ideas que pasan

horribles por mi cerebro
¡Oh, mi soñada ventura, (Llorando.)
acrisolado abolengo
que has sido hasta aquí mi orgullo!
¿Dónde fuiste? ¿Qué te has hecho?

ESCENA IX

GONZALO y RAMON

- RAMON. ¿Señorito? Una señora
muy cubierta con un velo,
esta carta me ha entregado
para usted. (Entregándole una.)
- GONZ. (Tomando la carta.) Ahora no puedo ..
- RAMON. Es que aguarda, por lo visto,
(Al ver que no lee.)
la respuesta, pues la dejo
á esa puerta de la casa.
(Indicando á la izquierda.)
- GONZ. Si es que aguarda... (Abriendo la carta.)
(Después de leer.) No comprendo.
Ahora no estoy para nadie. (Á Ramón.)
- RAMON. Es que muestra tal empeño...
Dice que usted no ha salido;
que ella lo sabe.
- GONZ. Bien... luego...
- RAMON. Se lo diré; mas son tales
sus llantos y sus lamentos...
- GONZ. ¿Lloraba?
- RAMON. ¡Vaya! ¡Y no poco!
- GONZ. ¿Quién podrá ser? (Con extrañeza.)
No comprendo.
Y en verdad que me suplica
la mujer con tal empeño...
¡Si fuera un caso preciso!... (Vacilando.)
En fin, Ramón; con secreto (Decidiéndose.)
por esa puerta excusada
del jardín, que da á este extremo
(Indicando á la izquierda.)
de la casa, á esa señora
conduce aquí; y que de esto

ninguno se entere.
RAMON. (Aparte.) Pronto
da el señorito en enredos.
(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X

GONZALO

En curiosidad me pone.
(Cerrando la puerta del foro.)
«Gonzalo: para un objeto (Leyendo la carta.)
que puede ser provechoso,
que me permita le ruego
hablar á usted un instante;
pero ha de ser con secreto.
Que la gente de la casa
nada sepa, pues en esto
está el interés. La parte
que usted habita al efecto
favorece: por la puerta
del jardín, sin ningún riesgo
puedo entrar. Yo le aseguro
que no ha de pesarle de esto.»
Nadie firma y no adivino... (Hablando.)
Mas ya está aquí. (Aparte al verla aparecer.)
MERC. (Aparte, vacilando al entrar por la puerta de la
izquierda.) ¡Dios eterno!

ESCENA XI

GONZALO y MERCEDES cubierta con un velo.

GONZ. Hable usted, señora mía,
pues con cuidado me tiene
el misterio con que viene;
y ya más que la porfía
de ocultarse, y los antojos
con que encubre su quebranto,
y tras los pliegues del manto

- las lágrimas de sus ojos,
me obligan...
- MERC. (Con temor.) Tengo inquietud..
- GONZ. Estamos solos. (Tranquilizándola.)
- MERC. Lo sé.
- GONZ. ¿Qué teme? (Sin comprender.)
- MERC. (Con amargura.) Temo... de usted.
- GONZ. ¿De mí? (Con sorpresa.) Si más amplitud
no da usted á su deseo...
- MERC. Sí haré, pues á usted acudo;
pero si del cielo dudo,
¡qué muchó si á usted no creo!
(Con sentimiento.)
- GONZ. (Ap) ¡Qué lenguaje tan extraño!
Cuanto dependa de mí..
(Alto, con acento de protesta.)
- MERC. ¿Podría esperarlo? (Con alegría.)
- GONZ. (Con decisión.) Sí.
- MERC. ¿Sin reserva?
- GONZ. Sin engaño.
Aliente, pues, si ello es cosa
que por mí solo se alcanza.
- MERC. ¡A tener esa esperanza,
fuera yo la más dichosa!...
- GONZ. (Ap.) Me va haciendo sospechar...
¿Y es el caso?... (Alto.)
- MERC. (Turbada) Yo... no sé...
¡Si en mi contra le hallaré!
(Aparto con temor.)
¡Si pudiera sin hablar (Con esperanza)
manifestar mi intención!
¡Si él me recordara! (Con gran esperanza.)
¡Sí! (Con resolución.)
- GONZ. Señora... (Insistiendo.)
- MERC. (Alto y levantándose o' volo.) Tal vez así
ahorremos explicación.
- GONZ. ¡En semblante tan divino
(Sorprendido de su belleza.)
tanto llanto y tanta pena!
No vi frente más serena
ni rostro más peregrino.
- MERC. ¡No me conoce! (Aparto con sorpresa y dolor.)

- GONZ. (Conmovidó y con resolución.) Hablé, sí;
disponga á su voluntá,
y juro...
- MERC. (Con amargura.) ¿Para qué? ¡Ya
ni se acuerda usted de mí!
- GONZ. Señora, perdón le pido, (Con turbación.)
por mi torpeza, que es mucha,
y en vano mi mente lucha
con un recuerdo perdido.
Tiempo hará... mucho ha de ser,
que no la veo.
- MERC. (Con pena.) ¡Si haces!
- GONZ. ¿Y eso no le satisface?
- MERC. Me satisface, ¡qué hacer! (Con resignación.)
Pero hay seres tan queridos,
(Con emoción creciente.)
con tal afecto mirados,
tan en el alma arraigados
y tan por nuestros tenidos,
que no cabe la creencia
de un olvido de esa suerte
absoluto, ni en la muerte,
mucho menos en la ausencia.
Gonzalo, esto no es reproche,
es amor, que yo he creído
que me hubieras conocido
en las sombras de la noche,
no tras diez años, tras mil;
no conmovida, aun ajena
á este llanto y á esta pena,
aunque esta materia vil,
vencida por tantos males,
nada á tus ojos indique:
porque yo, sin que me explique
por qué causas ó señales
me doy de mi hallazgo cuenta,
si entre muchos confundido,
tras el tiempo transcurrido
mi Gonzalo se presenta,
ni vacilo ni me ofusco,
porque, perdiendo la calma,
comienza á gritarme el alma

que eres el hijo que busco.

(Con gran arrebató.)

GONZ. ¡Cómo! ¿Usted?...

(Con gran sorpresa y aturdimiento.)

MERC. (Con mucha animación.) Tu madre, sí.

Recuerda, mira. (Accreándose á él.)

GONZ. (Sin poderlo entender.) ¡Dios mío!

¿Pero es que yo desvarío?

¡Ellos dicen... y usted aquí...

¿Quién este enigma comprende,

ni cómo puede engañarme, (Por Mercedes.)

ni qué saco con privarme (Decidiéndose.)

de los brazos que me tiende?

(Abrazándola con efusión.)

¡Madre! ¡madre! ¡madre mía!...

que ya el alma lo declara. (Convencido.)

Míreme usted á la cara; (Mercedes le mira.)

aún más, aún más. ¡Qué alegría!

¡Si no hay faz que de ese modo

(Con profunda convicción.)

á fingir honor acierte!

¡Ellos que fingen su muerte,

ellos me fingen en todo!

MERC. Soy inocente: ninguna (Con precipitación.)

mancha por mi causa llevas.

¿Qué importa que falten pruebas?

Para ello basta con una.

Quiero verle (Por don Pedro.) y ya verás...

¡Estoy loca de alegría!

(Con más precipitación.)

¡Tú tan bueno!... (Con gran cariño.)

GONZ. (Abrazándola.) ¡Madre mía!

MERC. Siéntate. Convulso estás

(Con mucha precipitación. Sentándose y haciéndole sentar.)

A este lado. (Á su derecha.)

Junto á mí.

Serénate. (Acariciándole.) De ese modo.

Voy á contártelo todo.

Yo ya no salgo de aquí. (Con esperanza.)

¡Harto tiempo os he llorado

á tí y á tu hermana! ¡Ah!

¡Todo inútil! pero ya
para siempre á vuestro lado.

(Gonzalo asiente.)

Óyeme con interés,
y tú verás...

GONZ. (Con decisión y cariño,) No, señora;
no quiero escuchar ahora,
tiempo tendremos después.
Relatando esas escenas
ha de sufrir y llorar,
y yo pretendo pasar
el día libre de penas.
Y lo paso por mi fe,
¿á qué nublar mi alegría?
Hoy quiero estar todo el día
así, mirándola á usted. (Asiéndole las manos.)

MERC. ¿Estás loco? (Con mucha alegría.)

GONZ. Sí lo estoy;
pero, ¡quién cordura tiene!...

MERC. Sin embargo, me conviene
que de esto tratemos hoy,
porque ante todo interesa
el matrimonio estorbar:
que no debe emparentar
tu hermana con la Marquesa.

GONZ. ¡Con la Marquesa!... (Sin comprender.)

MERC. (Con sorpresa.) ¿No sabes?...

¿Aún no comprendes?...

GONZ. No atino...

MERC. ¡Ah! ¡pues estás en camino
de saber cosas tan graves!...

GONZ. Hable usted. (Con gran interés.)

MERC. ¡Si es fundamento

ella de mi mala suerte!

GONZ. ¿Quién? ¿La Marquesa?

MERC. Y advierte

cuánto será mi tormento,
y qué habré sufrido aquí.
pues su proceder inhumano,
no sé por qué causa, el mundo
lo ha arrojado sobre mí.

GONZ. Diga usted. (Con más interés.)

MERC.

De mi marido

me separé con horror:
sus agravios á mi honor,
su desprecio, su descuido;
estar vosotros ausentes
estudiando; esa mujer... (Por la Marquesa.)
todo esto me hizo volver
á mis padres y parientes.
¡Oh! ¡No vayas á pensar
si os dejé que no os amaba!
Yo era pobre: proyectaba
mi buen padre mejorar...
no mejorar, sino hacer
una fortuna: tenía
un proyecto que le había
sin duda de enriquecer.
¡Pensé que esto se lograra
en menos tiempo! ¡Diez años
necesité, y en extraños
países, sin que llegara
para mí el soñado día
de regresar, de teneros
á mi lado, sin haceros
de aquella miseria mía,
en que cuando salí estaba,
partícipes! ¡Qué sufrí!
¡Por fin llegó... lo creí,
aquel día que esperaba!
¡Pero había que aguardar
más todavía! Resuelta,
Gonzalo, estaba la vuelta;
habíamos de embarcar
en la Habana al otro día,
cuando enfermé de tal modo,
que juzgué perderlo todo.
A otro punto, en compañía
de unos parientes salí,
para obtener curación.
Mi padre en una cuestión
importante, quedó allí
por poco tiempo, de suerte
que verme pronto pensaba;

pero mientras yo luchaba
entre la vida y la muerte,
triunfando mi juventud,
mi pobre padre, ya anciano,
en aquel país insano
alterada su salud,
no teniendo de mi amor
los cuidados, en mi ausencia
abandonó una existencia
de desgracias y dolor. (Llorando.)

GONZ.

¡Cálmese usted!

MERC.

El funesto

suceso lo supe yo
al año, ¡tanto duró
mi enfermedad! Dicho esto
como justificación
de mi conducta, volvamos
á nuestro asunto. Quedamos...

(Queriend^o recordar.)

Tengo la imaginación
de tal modo... ¡Sí! ¡Esto fué! (Recordando.)
Que dejé la compañía
de tu padre; que vivía
con el mío.

GONZ.

Siga usted.

MERC.

Pues entonces hubo aquí
algo que afecta á mi suerte:
un desafío, una muerte,
¡y se dijo que por mí
Que un hombre me pretendía;
que obtuvo de mí favor;
que mi esposo por su honor,
ciego por la falta mía,
arrancóle en lid furiosa
la vida. ¡Tal se ha supuesto!
¡Esto se ha dicho! Pues esto
es una calumnia odiosa.
Calumnia que no ha creído
tu padre: sabe bastante
que no sirve para amante
la mujer que él ha elegido.
Vióle mi padre después;

- su conducta acriminó,
y mi marido calló.
Si esto no es prueba, ¿qué es?
- GONZ. No me explico...
- MERC. Y me confundo
en la lucha en que me abraso.
No conozco de este caso
sino lo que dice el mundo,
y pienso, ¡triste de mí!
que ese drama escandaloso,
obra ha sido de mi esposo,
porque á él le convino así.
- GONZ. ¡Oh! ¡No es posible! (Con espanto.)
- MERC. Confieso
que es inicuo, pero es.
- GONZ. No, madre. ¿Á qué ese interés?
(El de convencerle.)
No me convenza usted de eso;
que si eso fuera, por Dios,
que se iguale la partida,
porque me arranco la vida,
(Con desesperación.)
y me quedo sin los dos.
- MERC. ¡Hijo! (Con espanto.)
- GONZ. (Serenándose.) Ya basta.
- MERC. (Con igual espanto.) ¡Por mí!...
- GONZ. Silencio, madre. (Con dulzura.)
- MERC. (Con resignación.) Corriente
- GONZ. Aguarde usted: viene gente. (Escuchando.)
- MERC. Nada se oye. (Prestando atención.)
- GONZ. (Convenciéndose.) Pues creí...
Pero de cualquier manera
es fuerza que al por menor
me informe, sin el temor
de que llegara cualquiera.
- MERC. Dices bien: mi casa está
cercana.
- GONZ. Vámonos pues.
- MERC. Pero después... (Con esperanza.)
- GONZ. (Con excitación.) ¡Oh! ¡Después!
¡Cuando esté enterado ya
de todo lo que ha ocurrido,

y en conocimiento pleno
 llegue á mi padre, sereno,
 de autoridad revestido,
 y le diga:—¿Sabe usted
 que he visto á mi madre y quiere
 vivir aquí; que se infiere
 que lo tiene por mi fé
 merecido de antemano,
 porque esa separación
 obedece á una ilusión,
 quizás á un cuento villano?...

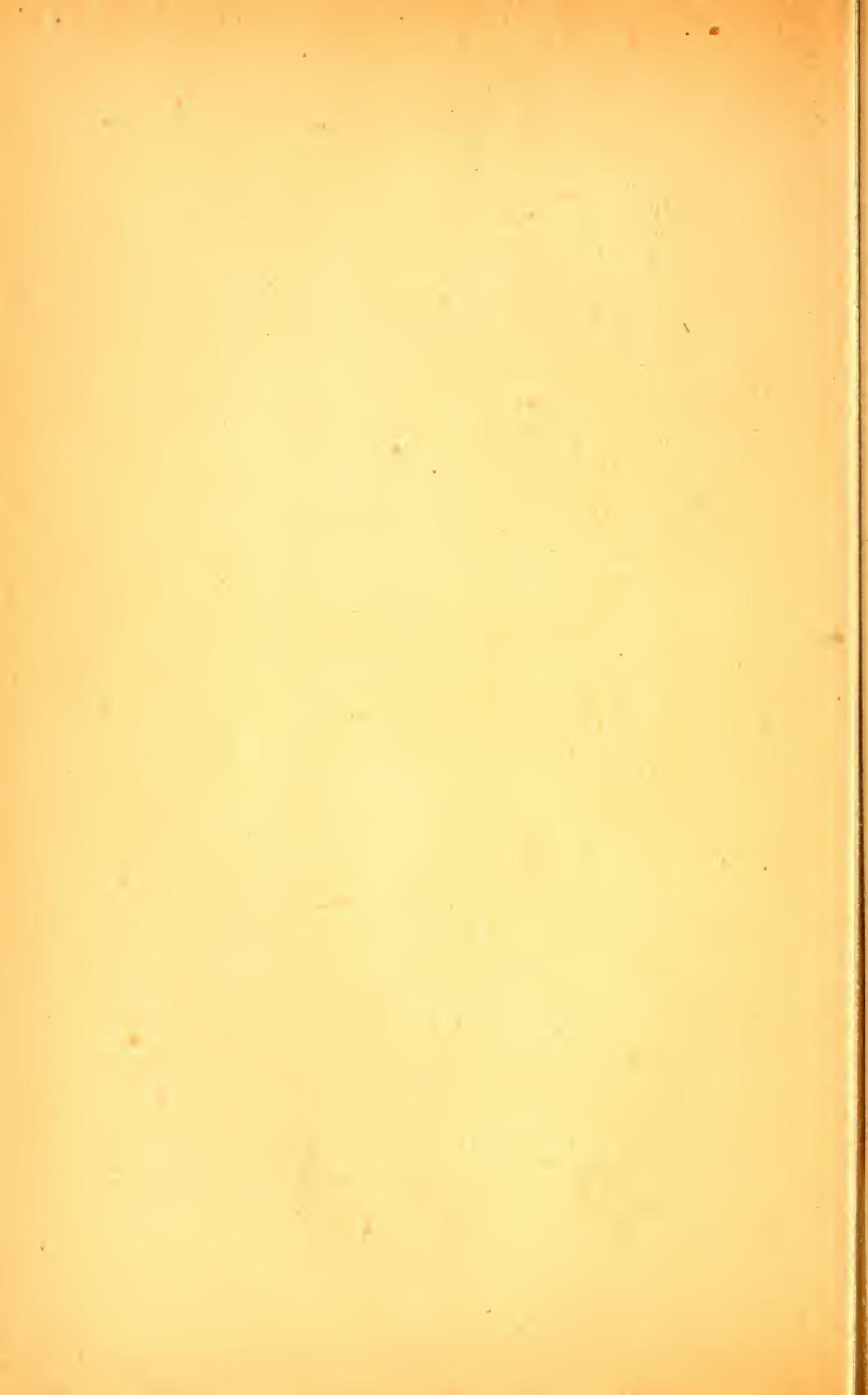
Ante la razón segura,
 ¿qué hombre honrado no se humilla?
 ¡Bah! La cosa es más sencilla
 de lo que usted se figura.

MERC. ¡Qué esperanzas! (Con acento de duda.)
 GONZ. (Indicándole la salida.) Conque, ¿vamos?
 Pero, ¿á qué el rostro lloroso?

(Reparando en sus lágrimas.)
 ¡Yo me encuentro tan dichoso!...
 (Con exaltación.)

Como que juntos estamos,
 y con tan distinta suerte...
 ¡Cuando muerta la lloraba!
 ¡cuando en deshonras pensaba!
 Ya ni deshonras ni muerte.
 ¡Y además la conclusión
 de todo, que es la avenencia!
 ¡Porque tengo la evidencia!
 ¡Porque para ello hay razón!
 ¡Porque!... Pero, ¿á qué tardar?
 Vamos pronto. ¡Ay, madre mía!
 ¡Hay días como este día
 que no deben acabar!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La música decoración.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO y RAMÓN

- RAMON. Le digo á usted que me dió
(Á la puerta, tratando de impedirle el paso.)
orden...
- ERN. (Pasando.) Mas no para mí.
Pero ¡calle! ¡Si no está!
(Mirando á todos lados.)
- RAMON. ¡Ni aquí tampoco!
(Después de mirar por la puerta de la izquierda.)
Por fin, (Aparte.)
aunque no he cumplido bien,
no tendrá por qué reñir.
Ha salido...
- ERN. Con que ya
puedes marcharte de ahí.
Ve á lo que tengas que hacer,
que aquí le espero.
- RAMON. (Aparte.) En un tris
estuvo; mas se marchó.
¡Y vaya usted á impedir!... (Por Ernesto.)
¿Cómo me pude oponer?...

ERN. ¿No te vas?
RAMON. (Alto.) ¡Claro que sí!
Sólo que se me ocurrió
que pudiera por ahí
(Por las habitaciones de la derecha.)
estar oculto quizás.
ERN. No está, no.
RAMON. Debíó salir
sin duda á tomar el sol (Aparte.)
con ella. Más vale así. (Vase.)

ESCENA II

ERNESTO

¿Dónde andará este galán?
Ocupado en discurrir (Con afectación.)
por las calles del vergel,
oliendo á nardo y jazmín,
ó adormecido al olor.
Poesía de nariz.
¡Oh, sacrosanta amistad!
(Con afectada expresión.)
¡Al fin vuelves á lucir!
Pero mirándolo bien, (Con naturalidad.)
esto, ¿qué me importa á mí?
Ese lazo celestial,
que se obstinan en decir
los poetas de cartel,
y algunos faltos de aquí,
(Indicando la frente.)
entre Gonzalito y yo
ha sido cosa tan ruín,
que ni yo me acuerdo dél,
ni él se acordará de mí.
He dicho mal; eso no;
él es capaz de sentir
como en los tiempos de Adán,
ó al menos en los del Cid.
De estos tipos quedan aun
unos pocos por ahí;

y se deben conservar
como oro en paño, que al fin,
si ellos se acaban, ya no
tendremos con qué reir.
Mas siento ruido. ¡El es!
(Con gran alegría al ver á Gonzalo y abrazán-
dole.)
¡Chico! ¡chico! ¡Ven aquí.

ESCENA III

ERNESTO y GONZALO

GONZ. ¡Hola! ¿Eres tu? (Con indiferencia.)

ERN. ¡Ya lo ves!

Mas, ¿qué es esto? ¿qué te pasa?

(Observándole.)

O el cansancio del camino
te puso esa mala cara,
ó tu no estás bien.

GONZ. (Por disculparse.) Es cierto.

ERN. ¿La cabeza?...

GONZ. (Asintiendo.) Mas no es nada.

ERN. No importa: mucho cuidado;

no te abandones, que anda
hoy por Madrid una peste
de chifladuras, que espanta.

¿Pero qué te ocurre, chico?

(Viéndole distraído.)

Si mi visita te enfada,
me marchó.

GONZ. No es nada de eso.

ERN. Entonces... (Sin comprender.)

¡Ya se me alcanza!

(Como comprendiendo.)

Sigue enojándote el uso
de mi lenguaje. Más altas,
más serias ocupaciones
te entretienen... Bueno; basta:
lo hemos advertido á tiempo;
y pues lo que más te agrada
es soñar, soñemos juntos;

pero en cosas de importancia
Ya sabes que casi somos
de una familia: me casan.
Dos almas por siempre unidas,
que de tal modo se enlazan
que á ser llegan una sola,
según los libros nos hablan,
es asunto interesante
para tí.

GONZ. Cuando se aman...

ERN. ¿A la manera que entiendes
tú el amor? ¿Así... á la usanza
de Pablo y Virginia? Entonces
cuenta que no dije nada.
Inútil es preguntarte
si el matrimonio que tratan
es de tu gusto.

GONZ. Pudiera
no serlo.

ERN. ¡La cosa es clara!
Tu querrás para María
algún guerrero... con mallas,
ó algún caballero andante,
ó algún...

GONZ. (Con mal modo.) Lo que á mí me agrada
en esto del matrimonio,
ya lo sé y eso me basta.

ERN. ¡Calle! ¡Y se enoja! (Aparte con sorpresa.)
(Con insolencia.) Pues chico,
no te preocupes: en casa
no se ha de pedir tu voto,
porque... como no hace falta...

GONZ. Eso, luégo lo veremos:
ya ves tú, de aquí á mañana...

ERN. ¿Pero piensas oponerte?
(Con mucha sorpresa.)

GONZ. Tú lo dices. (Afirmando.)

ERN. ¿Y no es chanza?

GONZ. No las uso.

ERN. (Con seriedad.) Aunque tu dicho
no pase de una amenaza,
pues no sé qué facultades

- para oponerte te amparan,
quiero saber qué motivos...
- GONZ. Son de aquellos que se callan.
ERN. Si las ofensas que haces
se quedan sólo en palabras,
las desprecio.
- GONZ. (Acercándose á él.) ¡Ernesto! ¡Cómo!
¡Qué has dicho!
- ERN. La cosa es clara
GONZ. Te conozco, y tu bravura (Conteniéndose.)
me hace muchísima gracia.
Y porque veas el caso
que hago yo de tus bravatas,
te diré que si persistes
en esa unión de que hablas,
he de oponerme, aunque sea
sacando lances á plaza
que se asombre de saberlos
el mundo de quien se guardan.
- ERN. ¿Qué lances? (Con enojo.)
GONZ. (Con tranquilidad.) Te obligaría
á terminar á estocadas,
y no ha llegado el momento
de que reluzcan las armas.
Cuando llegare, me tienes
á tus órdenes.
- ERN. Bien: basta.
GONZ. Como quieras.
ERN. (A parte.) ¡Este necio!...
Válgale estar en su casa,
que cuestiones de esta clase
en otra parte se zanzan. (Vase.)

ESCENA IV

GONZALO

¡Bah! No perdamos el tiempo
en cosas, que aunque interesan,
comparadas con la lucha
que traigo, no tienen fuerza.
Recordemos esa historia,

porque el momento se acerca
de hablar con mi padre. Quiero
apreciar las más pequeñas
circunstancias. Ya dos veces...
una aquí, la otra apenas
hace una hora, en la casa
en que mi madre se hospeda
las escuché de su boca,
y todavía se niega
la mente á entender los hechos.
¡Son tan confusos! Completa (Reflexionando.)
diferencia de carácter;
pocos años, pues apenas
contaba ella veinte; unido
á desvíos ó molestias
por una parte, y por otra
suposición ó evidencia,
mezclándose en todo esto
el nombre de la Marquesa,
fueron causa de absoluta
separación. Y si ella
en la casa de sus padres,
sin dar lugar á sospechas
se hallaba, viviendo solo
para lamentar sus penas,
¿cómo pudo dar motivo
para que mi padre viera
su honor manchado y hubiese
de batirse, aquella afrenta
para remediar, quitando
al contrario la existencia?
No hallo explicación; no puedo
entender lo que esto sea.
¡Pero pensar que mi padre
impulsado por grosera
pasión, inventase el hecho,
quitase una vida! ¡Fuera,
pensamiento calumnioso!
¡Ni cómo menguada idea,
rechazada al conculirla
puedo admitir tal sospecha!

ESCENA V

GONZALO y DON PEDRO

- PEDRO. ¿Qué es eso? ¿Qué te sucede que hablas solo y conmovido?
- GONZ. ¿Hablaba? Pues... distraído.
- PEDRO. Será así; pero se puede determinar sin error que de algo triste tratabas.
- GONZ. ¿De algo triste?...
- PEDRO. Tú llorabas.
- GONZ. ¿Yo llorar? ¡Oh! ¡no señor!
- PEDRO. Viene á afirmar en contrario ese llanto que aún discurre.
- GONZ. Pues bien, es verdad, ocurre un suceso extraordinario.
- PEDRO. ¿Extraordinario?
- GONZ. Si á fé.
- PEDRO. ¿Me dirás cuál?
- GONZ. ¡Ya lo creo!
¡Como que modo no veo,
sino contarselo á usted,
para evitar mi zozobra
y combatir este tedio!
En usted está el remedio.
- PEDRO. Pues habla y aliento cobra.
¿Qué ocurre?
- GONZ. Tengo temor...
- PEDRO. ¿Temor?
- GONZ. Si; pero no crea que haya en mí ni aun una idea que pueda agraviar, señor. Sino que faltan razones que los hechos justifiquen; de aquí que se signifiquen sombras y preocupaciones.
- PEDRO. Preocupación lo llamaste; queden las sombras á un lado y cuenta lo que ha pasado.
- GONZ. Si lo haré.

PEDRO. ¿Por qué lloraste?

GONZ. Lloraba porque el honor
es un bien tan pretendido,
y se está tan convencido
de que se tiene, señor,
que si en pena merecida,
ó se entibia ó se obscurece,
parece, padre, parece
que falta más que la vida.

PEDRO. No entiendo.

GONZ. Dígame usted:
¿no es verdad, y bien probada,
esta idea, que grabada
de niño en mi mente fué,
de que honor no se concilia
con ese golpe violento
que rompe en su fundamento
el lazo de la familia?

PEDRO. ¿Qué dices?

GONZ. ¿No es verdad, padre?

Pues aquí está mi cuestión.
¿Qué motivo, qué razón
separó á usted de mi madre?

PEDRO. ¿Quién te dijo?... (Con sorpresa y enojo.)

GONZ. Yo lo sé,
y de un modo bien seguro.

PEDRO. Pues por mi nombre te juro
que nunca en tí sospeché
ese empeño de inquirir
que mal con tu honor se junta.

GONZ. Como eso no se pregunta,
me lo han venido á decir.

PEDRO. ¡Y en seguida lo has creído!
¡No hay cosa más natural!
¡Vienen á decirte mal
y te dejan convencido!
¡Sin duda que en tí tenemos
un defensor si nos hieren!

GONZ. Si á los que el caso refieren.
de antemano conocemos;
si se nos presenta aquí
una mujer conmovida.

- y nos da razón cumplida...
- PEDRO. ¿Una mujer? (Con sorpresa.)
- GONZ. Padre, sí.
- PEDRO. Lo que dices no comprendo,
y más mi sorpresa crece.
¡Esa mujer te merece,
según lo que vas diciendo,
más crédito que tu padre!
- GONZ. Tanto me ha de merecer.
- PEDRO. ¿Pues quién es esa mujer?
- GONZ. Esa mujer es mi madre.
- PEDRO. ¡Tu madre! ¡Tu madre aquí!
(Con gran sobresalto.)
¡Será posible! ¡Qué es esto! (Aparto.)
¿Pero á qué fin se ha supuesto
su muerte? ¡Si ha muerto, sí!
Intenta, me lo figuro, (Animándose.)
saber lo que le sonroja,
¡Y por Dios que ya me enoja!
- GONZ. ¿Y bien, padre?
- PEDRO. (Muy turbado.) Te aseguro
que no comprendo el por qué
de tamaños desaciertos:
¿Quieres dar vida á los muertos?
- GONZ. Eso me lo dice usted
por no entrar en discusiones;
pero tengo la evidencia
de que tratando en conciencia,
sin oír otras razones,
no lo piensa usted así;
como que al contar el lance,
asombrado del percance,
dijo usted:—¡Tu madre aquí!
Y esto explicación no tiene,
ó al decirlo es cosa cierta
que no la juzga usted muerta,
porque si es muerta no viene.
- PEDRO. Bien, y aunque viviera, ¿qué?... (Con decisión.)
- GONZ. ¿Qué me quiere usted decir?
- PEDRO. Que á qué viene discutir.
- GONZ. ¿Pues no lo ha entendido usted?
¿No salta á la vista? ¿No

se adivina en mi querella?
¿Que qué quiero? Pues que el'a
viva donde vivo yo.

PEDRO. Imposible. (Con decisión.)

GONZ. (Con sorpresa.) No concibo...

PEDRO. Pues no puede ser.

GONZ. (Con dolor.) ¡Me apeno!

PEDRO. Ya lo sabes.

GONZ. Bueno, bueno;
dígame usted el motivo;
la causa justificada;
porque ese—no puede ser,—
es, á mi modo de ver,
como no decirme nada.

PEDRO. En asunto en que el secreto
se guarda, y á un padre toca,
los hijos cierran la boca
por cariño y por respeto.

GONZ. Si está bien; y no lo olvido,
y esos deberes alabo;
pero en esto, al fin y al cabo,
lo que yo defiendo y pido,
á ese respeto no daña
ni puede causar querella:
usted es mi padre, y ella,
¿es una persona extraña?
Déme usted una explicación.
Aclare...

PEDRO. ¿Para qué hablar?
Tú has de exigir, yo negar,
y por fin de la cuestión,
será imposible ceder
á admitirla aquí.

GONZ. ¿De modo?...

PEDRO. Que lo hemos hablado todo.

GONZ. Pues, padre, no puede ser. (Con decisión.)

PEDRO. ¡Qué dices!... (Con sorpresa y enojo.)

GONZ. En consecuencia,
que no es justo que así acabe;
que quien la causa no sabe,
no puede dictar sentencia.
Y cuando no se concilia,

y se desarrolla y crece
asunto que pertenece
al seno de la familia,
y en él el honor se daña
de los padres, y el respeto,
y hay que tenerlo secreto
de toda persona extraña,
si es forzoso deshacer
de aquel velo los dobleces,
los hijos, señor, son jueces
llamados á resolver.

PEDRO. ¿Qué es juzgar? (Con más enojo.)

GONZ. Aunque le asombre.

y la palabra le extrañe,
y le enoje y aun le dañe,
esto no tiene otro nombre.

PEDRO. ¡Gonzalo! (Con furor.)

GONZ. (Con precipitación, justificándose.)

Si no se entabla
lucha que amor contradice:
si no soy yo quien lo dice;
si es mi madre la que habla.
Y como busca reparo
al honor que tuvo y tiene,
habla así, que así conviene;
hablar firme y hablar claro.

PEDRO. ¡Pero te escucho aturdido!

(Con asombro é indignación.)

GONZ. ¡Oh, padre! ¡Por compasión!

PEDRO. Dejemos esta cuestión.

GONZ. ¿Mas por qué cuando le pido

y usted niega receloso,
la causa no ha de decir?

PEDRO. Porque no hemos de salir
de este círculo vicioso.

GONZ. ¡Padre, por Dios! (Suplicante.)

PEDRO. Te repito

que me dejes.

GONZ. Pero, ¿sueño?

¿sin saber?...

PEDRO. (Con enojo.) ¡Qué necio empeño!

GONZ. ¡Es que salir necesito

- de esta lucha maldecida!
PEDRO. ¡Si no has de salir en suma!
GONZ. ¿Mas?...
PEDRO. ¡Tu exigencia me abruma!
¡Basta ya, que por mi vida
persistir es desvarío,
y si insistes has de hacer
que te obligue á obedecer!
GONZ. (Aparte con desesperación.)
¡Pero, qué es esto Dios mío!

ESCENA VI

DICHOS y DON LUIS

- LUIS. ¿Dan su permiso? (Desde la puerta.)
PEDRO. (Aparentando tranquilidad.) ¡Sin duda!
LUIS. ¡Hola, Gonzalito! (Saludándole.)
GONZ. ¡Hola!
LUIS. ¡Parece que está usted grave! (Á Gonzalo.)
¿Y usted, don Pedro? (Saludándole.)
Ya es cosa
arreglada el documento
referente á la señora.
La fe de... (Mostrando un pliego.)
PEDRO. Ya he comprendido.
LUIS. Vea usted cómo se logran,
cuando hay interés, en menos
tiempo del pactado, todas
las circunstancias precisas.
Hace aún muy pocas horas
dije á usted que hasta mañana
no lo tendría, y á'cosa
de las cuatro lo ha traído
á mi casa la persona...
Ahora, que ha sido forzoso
recompensar... Andan todas
estas cuestiones de un modo,
que si no es de este, no hay forma.
PEDRO. Luégo ajustaremos cuentas.
(Deseando terminar la conversaci6n.)

GONZ. (Aparte, por don Luis.)
Éste que á mi madre nombra
con repugnancia, que duda
al parecer de su honra,
se dedica á hacer su agosto
con enredos y tramoyas.
¡Pues viene á un tiempo, que juro!...

LUIS. Y ya no hay que hablar, la boda
puede hacerse hoy ó mañana,
cuando ustedes lo dispongan.

GONZ. ¡Dios me dé paciencia! (Aparte.)

LUIS. (Mostrando el pliego á don Pedro.) Mire
el documento: está en forma.

PEDRO. (Sin mirarlo.) Lo supongo.

LUIS. (Mostrándolo á Gonzalo y como quien lee.)
«Fallecida

en Febrero, según nota...
á la edad de tantos años,»
aquí las firmas...

GONZ. (Con viveza.) Pues ponga
que no es verdad nada de esto,
(Por lo que dice el papel.)
en el papel que le sobra.

LUIS. ¿Qué?.. (Con gran sorpresa y sin entender.)

PEDRO. (Con enojo.) ¡Gonzalo!

LUIS. ¡Mas no atino!...

¿Qué dijo? (Á don Pedro, por Gonzalo.)

GONZ. (Á don Luis.) Muy poca cosa.

Que mi buena madre vive,
que la he visto hace una hora;
que reclama sus derechos,
y que se opone á esta boda.
Cuide usted, pues, de salirse,
si es que puede, de esta historia,
porque esto pone en peligro
la libertad y la honra.

ESCENA VII

DON PEDRO y DON LUIS

- LUIS. ¿Pero Gonzalo está loco,
que afirma ese desacierto?
- PEDRO. Es que su madre no ha muerto;
que la ha visto hace muy poco,
y en su cariño filial,
quiere la reparación,
que para él es de razón.
- LUIS. Pues señor, quiere muy mal.
Y hay que armarse de energía,
y decir la verdad clara:
de no hacerlo así, lograra,
llevado de esa porfía,
nuestro... ¡vamos! nuestra... ¡digo!
¡Quién, si apela á la violencia,
preveerá la consecuencia!
¡Y que su tema es conmigo!
¡Ha supuesto en mí malicia!
¡Vamos, que le digo á usted
que no vivo desde que
tomó en boca á la justicia!
¡No! ¡no lo tome usted á juego,
(Creyendo que don Pedro no le hace caso.)
ni persista en esa calma!
Hay que hablarle bien y al alma
sin dejarlo para luégo.
Que quiere... yo me figuro
que será que usted abandone
su actitud; que la perdone;
ó más bien, siendo seguro
que ignorará en qué ha pecado,
que le explique usted el hecho:
pues señor, á lo hecho pecho;
dígame lo que ha pasado.
- PEDRO. ¡Para usted fuera cuestión (Con ironía.)
muy fácil; la más corriente!
Ante el riesgo, que evidente
juzga su exageración

- en lo que á usted se contrae,
es escrúpulo prolijo
no querer dañar á un hijo.
- LUIS. Si él lo busca, y él lo trae
y es preciso resolver...
- PEDRO. Está bien; no discutamos;
pero en el caso en que estamos
ni aun eso se puede hacer.
- LUIS. ¿Por qué?
- PEDRO. ¿Por qué? Por quimeras
sin duda para la gente.
Pero es un hecho evidente,
y hay razones ver daderas
para no poder decir
que esa mujer desdichada
es inocente ó culpada,
sin exponerse á mentir.
- LUIS. ¿A ver? Dígalo otra vez. (Con gran sorpresa.)
que con una no lo entiendo.
- PEDRO. Que si su virtud defendiendo,
ó la acuso de dobléz,
engañar ó calumniar
puedo con esto; más claro:
que aseguro, que declaro
qué nada puedo afirmar.
- LUIS. Pues aún no lo he comprendido.
- PEDRO. Sin oír la relación
no es fácil. Preste atención;
piense de lo sucedido,
no como usted pensaría
acaso, sino del modo
que sabe que pienso en todo,
y entenderá esta porfía.
Caseme no con amor;
pero sí con gran respeto
hacia Mercedes; fué objeto
de atención tal, que en rigor
el deber de cortesía
traté con tanto cuidado,
que sin ser enamorado
á todos lo parecía.
- LUIS. Eso en los primeros años

de casados; lo recuerdo.

PEDRO. Escúcheme usted.

LUIS. No pierdo
ni una palabra.

PEDRO. Mis daños
debiéronse á pormenores
que revelaban pasión,
al darme ella explicación
de unos pasados amores,
que por ella como digo
supe, y que no sospechaba;
pero el caso es que ella amaba
cuando se casó conmigo.
Yo detuve las corrientes
de aquella llama amorosa,
y ella accedió á ser mi esposa
por consejos de parientes.
Avezado á la malicia;
mi carácter siempre altivo;
pensar con este motivo
que mi primera caricia
fué más que halago tormento;
que cuando amor la ofrecía
quizás ella entretenía
con otro su pensamiento...
Son pasadas sensaciones
que ya no inspiran cuidado.
Pero en la edad en que es dado
considerar las pasiones
como causa de la vida,
fueron razón suficiente
para un cambio de repente,
y que aquella que atendida
estuvo con tal desvelo,
fuese, si no despreciada,
al menos considerada
con temor y con recelo.
Esto ocurrió. Ya de aquí
no es difícil el camino.
¡El mundo es un torbellino,
y á los que se hallan así
en contiendas enojosas,

- somete á tan rudas pruebas!...
- LUIS. ¡Y hay además tantas Evas (Con malicia.)
tan culpables como hermosas!
De una sé que halló á su paso,
y era encanto de los hombres.
La...
- PEDRO. (Con prontitud.) Suprima usted los nombres,
porque no vienen al caso.
- LUIS. Suprimo.
- PEDRO. Di en el error;
lo oculté con interés;
pero se supo. Después
por orgullo, que en rigor
ni la mujer cariñosa,
ni la esposa indiferente
toleran este accidente...
- LUIS. ¡Digo, digo! ¡Y que no hay cosa
que más las hiera y exalte!
Es asunto conocido:
podrán faltar al marido;
mas consentir que él las falte...
- PEDRO. Pues, como decía, ella
tuvo noticia del hecho;
y fué tanto su despecho,
que no cesó la querrela
hasta que á casa volvió
de su padre. Separados
de este modo, ya cansados
de disgustos ella y yo,
libres, y así significo
que contentos; reducida
mi esposa á modesta vida,
que aún su padre no era rico;
pero sin dar qué decir
con su conducta, un rumor
de pronto amengua su honor.
Comiéndanse á discutir
sus acciones; se refiere
que en deslealtad ha incurrido.
El rumor llega á mi oído;
en el corazón me hiere:
busco, indago con cautela;

pretendo saber un nombre,
y á aquel nombre que de un hombre
la malicia me revela,
por si no fuera bastante
para dar por verdadera
la noticia, y eso que era
el de su primer amante,
se une un dato por mi mal.
Divúlgase que mi esposa
le escribía cariñosa;
y por medio criminal;
pero de buen resultado,
comprando á fuerza de oro
la prueba de su desdoro,
tuve una carta. Estampado
en líneas que con furor
recorrí, vertiendo en tanto
de mis ojos fuego ó llanto;
sintiendo quizás amor...
¡Porque este caso se ofrecel
A la mujer despreciar
honrada, y llegarla á amar
cuando ya no lo merece,
ví... ya no sé lo que ví
en el billete amoroso;
mas convencido, furioso,
para vengarme salí
de esta casa, delirante.
Busquele: yo bien sabía
á qué sitios acudía.
Y por si aún no era bastante
la prueba ya declarada,
al hallarle, su victoria
refería; y esta historia,
minuciosa y detallada,
con estruendo y vocerío
era acogida por todos,
que enlodaban de mil modos
aquel honor que era mío,
en algazara creciente.
¡No hay encanto más profundo,
ni que más alegre al mundo

LUIS. que el deshonor de la gente!
Sosiéguese, y adelante,
que me interesa á fe mía

PEDRO. Consecuencia; al otro día,
en un terreno distante
de Madrid, con mano fuerte
y en ella el arma homicida,
jugábamos con la vida
á las puertas de la muerte.

LUIS. Venció usted.

PEDRO. ¡Pues cómo no!

Era yo diestro, robusto;
hice presa; herí con gusto,
brotó la sangre, y cayó.
¡Oh! que vengándome hallé
el ge:men de esta manía!
Me miraba con porfía,
y obedeciendo no sé
á qué extraños sentimientos,
llegueme, su cuerpo así,
y en sus labios advertí
convulsivos movimientos:
me pareció que me hablaba;
¡pero tan torpe y tan quedo!
¡Si aún asegurar no puedo
si me habló! Como exhalaba
su último aliento en mi oído,
y me hallaba en un estado,
ó medroso ó agitado,
creí escuchar un ruído
en aquella confusión:
su voz, su voz aparente,
que decía: ¡Ella inocente!
¡La he calumniado! ¡Perdón!

LUIS. ¿Cómo? ¿Qué es eso? (Con sorpresa.)

PEDRO. Ya digo
que ignoro si verdad fué.
Además, si lo escuché,
fui yo solo. Ni un testigo
de los que al lance acudieron,
aunque inmediatos estaban,
lo oyó. ¿Ni qué me importaban

entonces, si verdad fueron,
tales palabras? Mi esposa
no pretendía volver
á mí; la gente á placer,
aquella cuestión ruidosa,
fuese verdad ó quimera,
comentaba y publicaba:
ella sin honra quedaba,
y sin medio ni manera
de recobrar su opinión;
de modo que lo ocurrido,
ó soñado ó sucedido,
no me causó sensación,
y fué mi vida dichosa,
sin sobresalto ni duelo,
apesar de este recelo.
¡Hoy, amigo, es otra cosa!
¡Hoy hay un hijo exigente!
¿Afirmar me será dable
que su madre fué culpable;
que su madre es inocente?
Ó porque más mi querella
se ajuste á lo que me pasa,
¿puedo admitirla en mi casa;
puedo arrojarla de ella?
Dos casos á mi elección:
que hay error en uno advierto:
¿cómo falto? ¿cómo acierto?
Ahí tiene usted la cuestión.

LUIS. El hecho de calumniar
se ve con frecuencia harta,
¿pero y la carta?

PEDRO. ¡La carta!
¡Ella entonces confirmar
pudo muy bien mi sospecha,
y llevarme al trance rudo!
pero hoy más tranquilo, dudo:
era una carta sin fecha
ni pormenores bastantes.
¿Si hubo amores, como digo,
no casada ella conmigo,
fué escrita después ó antes?

Ahi tiene usted por qué lucho
con mi conciencia espantable:
si la acrimino culpable
la revelación escucho.
Si á ella atiendo, sosegada
la razón me dice: no;
¿que él lo dijo? pues mintió
por salvar su honra manchada,
y no salgo de mi tedio,
y se reproduce...

LUIS. Sí.
Ni contigo ni sin tí
tienen mis penas remedio.

ESCENA VIII

DICHOS y RAMÓN; á poco la MARQUESA

LUIS. ¿Quién? (Á Ramón.)
RAMON. (Anunciando.) La señora Marquesa
pide su licencia. (Aparte con alegría.)
PEDRO. (Á Ramón.) Bueno.
Que pase. (Vase Ramón.) ¡En qué mala hora!
LUIS. (Aparte.) Pues lo repito; no veo (Aparte.)
claro en este asunto. El niño
es capáz de un desacierto,
y el padre está más chiflado
que el hijo. ¡Miren el sueño
que presenta como historia!
Con los años el buen viejo
perdió el juicio.
PEDRO. (Saludando á la Marquesa que aparece.)
Señora...
MARQ. Temía no hallarle, y vengo (Á don Pedro.)
para un asunto tan grave,
tan enojoso ..
PEDRO. ¿Qué es ello?
MARQ. Gonzalo no sé qué cosas
dijo hace poco á mi Ernesto
en una cuestión habida
sobre la boda...

PEDRO. No tengo...

MARQ. No sólo debió oponerse á que se llevara á efecto, sino que además presumo que fundaría los hechos en circunstancias de agravio tales, que pasado el tiempo, refrescada la memoria de mi hijo, no halla medio que no sea el de una honrosa reparación, para que ello no le desdore. Le he visto tan decidido y violento, tan obstinado en batirse, que de sus furores temo, y he venido á que usted sepa lo que ocurre.

PEDRO. Todo eso me extraña; pero confío en que vendrán á un arreglo amistoso.

MARQ. Me parece que engaña á usted el deseo. Gonzalo... Usted me perdone si al hablar dél, el respeto no guardo que usted merece. Gonzalo ve con recelo, con disgusto, que su nombre se enlace... y esto no puedo considerarlo con calma: se enlace al nombre que llevo con orgullo, cual si en esta (Con altivéz.) unión él fuera perdiendo.

PEDRO. Señora... (Con acento de protesta.)

MARQ. Y si lo que digo es así; si lo que temo es exacto, no sería inútil ó poco cuerdo que explicase los motivos, mejor dicho, los pretextos de su oposición.

PEDRO. Marquesa....

MARQ. El Marqués, con fundamento, (Exaltándose.)
pide justicia; y yo misma,
á no mirar lo que debo
á mi cariño de madre,
le incitara á que del hecho
tomase justa venganza.

PEDRO. Marquesa, en este momento
no puedo ver claramente
lo que haya ocurrido en esto.
Vienen sobre mí no una,
sino muchas penas; pero
en cuanto esté sosegado,
tranquilo, yo le prometo
que si él faltó, explicaciones
dará cumplidas.

LUIS. (Á la Marquesa.) Yo ruego
así mismo á la señora
Marquesa, que deje tiempo
para arreglar este asunto;
que prescinda del derecho,
de la razón, y que atienda
no más que á los sentimientos.
Don Pedro se encuentra ahora
(Aparte á la Marquesa)
en un compromiso horrendo,
sin duda relacionado
con el atróz desafuero
que Gonzalo ha cometido
con el Marqués.

MARQ. ¿Con Ernesto?

LUIS. Precisamente.

MARQ. No atino...

LUIS. ¡Son tan extraños los hechos!
Mas lo cierto es que Gonzalo
no agravia por sí; instrumento
es sólo: su madre vive
y reclama los derechos
que ella se supone; niega
al acto el consentimiento
necesario, y eso es todo.

MARQ. ¿Pero ocurre todo eso?

(Con sorpresa. Asentimiento en don Luis.)

¿Pero es verdad que Mercedes
(Alto á don Pedro.)
vive?

PEDRO. (Con sorpresa y disgusto.)
¿Quién dijo?...

MARQ. ¿Y es cierto
que por ella hace Gonzalo
oposición al proyecto
de matrimonio? Sosiegue
el ánimo; haga un esfuerzo,
y diga usted á su hijo,
nada sano y poco serio,
que abandone esas defensas,
y que agradezca á lo menos
que aún ella viva, seguimos
animados del deseo
de unir nuestro nombre al suyo.

PEDRO. ¡Cómo! ¡Qué! ¡Señora!

(Ofendido y sin poder contenerse.)

MARQ. Eso,

eso debiera Gonzalo
conocer; que si los cielos
saben que jamás mi gusto
ha sido lanzar denuestos
aun con razón, no es posible
prescindir de los excesos
de la cólera, si hiere
contra justicia y derecho
quien hiciera más callando
por su honor, que dando al viento
amenazas imposibles.

¿Pues qué, ese niño está ciego?

¿No ve lo que todo el mundo?

¿No adivina que si puedo
prescindir por conveniencia
de un hijo, de ciertos hechos,
siempre que honrados se juzguen
los que á la postre han de serlo,
ante esa atróz osadía,
sin razón ni fundamento,
han de salir de mis labios
relaciones de sucesos

- que enrojecieran su rostro?
- PEDRO. (Con furor contenido.)
¡Cómo! ¡Señora! ¡Qué es esto?
- MARQ. No fué mi ánimo, lo juro,
ofender á usted, mas creo
que lo que la gente dice...
- PEDRO. ¡La gente, el vulgo, ese eco
del deshonor! Los que gozan
de más luz, de más acuerdo,
deben oír sus hablillas
con soberano desprecio.
- MARQ. Pero no atino... (Aparte á don Luis.)
- LUIS. (A la Marquesa, con malicia.) Señora...
- MARQ. ¿Qué sucede aquí? (Aparte á don Luis.)
- LUIS. (Idem, á la Marquesa.) ¡Misterios!
- MARQ. ¡Pero es que usted la defiende!
(Á don Pedro, con sorpresa.)
- PEDRO. Lo que es en este momento,
la compasión generosa,
la incertidumbre en los hechos,
me hicieran decir...
- MARQ. Pues diga,
(Aparece Gonzalo en la primera de la izquierda y
presta atención.)
hable claro.
- PEDRO. Que estoy cierto
de que es infame calumnia
cuanto se ha dicho, que creo
que Mercedes es más pura
que los ángeles del cielo.

ESCENA IX

DICHOS y GONZALO; á poco MERCEDES

- GONZ. ¡Por la boca muere el pez!
(Á don Pedro, con alegría.)
Prescindo de la cuestión.
(Por la que tenía con Mercedes.)
¿Pero es esa su opinión?
¿No hay que dudar esta vez?
Pues yo que lo presumé,

vengo allanando el camino;
el momento es peregrino,
y la tiene usted aquí.

(Haciendo salir á Mercedes.)

PEDRO. ¡Mercedes! (Con asombro.)

GONZ. No hay más que hablar.

PEDRO. ¡Ella aquí! (Sin dar crédito á lo que ve.)

LUIS. (Aparte.) ¡Qué atrevimiento!

MARQ. Ahora el reconocimiento... (Ap. á don Luis.)

LUIS. Y pelilios á la mar. (Id. á la Marquesa.)

MARQ. La trama está bien urdida. (Id. á don Luis.)

LUIS. ¿Pero hay trama? (Id. á la Marquesa.)

MARQ. (Idem á don Luis.) ¡Qué inocencia!

¿Y la cuestión de la herencia?

GONZ. ¡Padre mío, por mi vida
que no entiendo esa quietud!

MARQ. Estas reconciliaciones, (Alto con malicia.)
en que hay llantos y expansiones,
perderían su virtud
en presencia de curiosos
ó testigos indiscretos.

LUIS. Yo presento mis respetos. (Despidiéndose.)

MARQ. (Con acento de burla.)

Sean ustedes dichosos,
y que se den al olvido
zozobras del qué dirán,
que al olvido se darán;
está todo comprendido.

PEDRO. Pues no ha comprendido bien.

El hecho es propio de un hijo:

yo lo aplaudo; no transijo,

triunfa el vulgo. Escucha, ven. (Á Gonzalo.)

GONZ. Qué es esto, padre? (Aturdido.)

PEDRO. (Por Mercedes, indicando á la Marquesa.)

Repara

cómo de aquí se la arroja;
mira esa mejilla roja; (Por la Marquesa.)
ve la expresión de esa cara;
el gesto de ese semblante;
la zozobra del desvío;
todo contra el honor mío:
ahí tienes causa bastante

para que aun á mi despecho,
suponiendo que así fuera,
ni dudara ni temiera;
destruye, pues, lo que has hecho.

GONZ. ¡Que yo habré de renunciar! (Protestando.)

PEDRO. Es lo justo.

GONZ. Justo, no.

Ha oído usted al que agravió,
y ahora mi madre va á hablar.

Yo dejo por un deber
de respeto la defensa.

¿Pero es de mujer la ofensa?

(Por la Marquesa.)

¡Defiéndete tú, mujer! (Á Mercedes.)

MERC. ¿De qué? ¿Puede ser que afrente
á honor que siempre he tenido,
que haya mi semblante herido
una mirada insolente?

(Aparece Ernesto por el foro.)

¿Es de una mujer faláz?

Pues no ha de causarme espanto;
cuanto más culpable, tanto
más infame y más audáz.

ESCENA X

DICHOS y ERNESTO, bajando al oír la última frase.

ERN. ¿Qué es lo que oí? ¿Quién lo dijo,
y á quién se dijo? ¿Qué es esto?

GONZ. Á tiempo, llegas, Ernesto.

ERN. ¿Quién fué el miserable?...

(Gonzalo va á lanzarse á él.)

MERC. (Deteniéndolo.)

¡Hijo!

GONZ. Mi madre fué la que habló,
mas si tanto te violenta,
puedes hacerte la cuenta
de que lo repito yo.

ERN. ¡Qué dices! (Con furia.)

GONZ. ¿La ofensa suya

(Á Ernesto por la Marquesa.)

haces tuya en tu osadía?
¿La de tu madre á la mía?

(Por Mercedes.)

Pues yo la de ésta á la tuya.

ERN. Basta de agravios; espero
que sin que el riesgo te asombre,
acudirás...

GONZ. ¡Pero hombre!

¡Pues si es eso lo que quiero!

Llevo sufriendo el disgusto

con paciencia todo un día,

y la verdad, ya temía

morirme sin este gusto;

que faltaba que brotase

en esta contienda rara,

una chispa que incendiara,

una mina que estallase;

ahora vienes de ese modo;

ofendes; hieres quizás.

¿Esto faltaba no más?

Pues ya lo tenemos todo.

ERN. Quede hoy mismo terminado.

GONZ. ¡Calma! ¡Que el fuego se ataje!

¡Si no se acaba el coraje

cuando está bien agarrado!

Disponlo tú á tu placer.

(Á Ernesto.)

ERN. Pues mañana.

GONZ. ¡Cuando gustes!

MERC. ¡Eso, nunca! (Á Gonzalo.)

GONZ. (Á Mercedes.) No te asustes.

PEDRO. ¡Qué es lo que intentas hacer!

(A Gonzalo.)

GONZ. Puesto que motivo toco

para desahogarme, herir;

luégo por su honor pedir.

PEDRO. ¿Pero no ves, ciego ó loco,

la amargura en que me aflijo?

¿quieres mi desdicha?

GONZ. ¡Padre!

Esta me dió usted por madre, (Por Mercedes.)
amparo busca en su hijo.

No entiendo estas confusiones.

(Por lo que ocurre.)

PEDRÓ. Oye pues.

GONZ. Pero más tarde...

Hoy castigar á un cobarde;
luégo las explicaciones.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

MARÍA y GONZALO leyendo un periódico.

MARIA. Buenos días. (Entrando.)

GONZ. Buenos días.

MARIA. ¿Cómo tan entretenido
á estas horas? ¿Te dispones
para algún nuevo delirio?

GONZ. ¡Delirio! (Con sorpresa.)

MARIA. ¿Pues qué otra cosa
es, hermano, tu ejercicio?

GONZ. Eso será opinión tuya.

MARIA. La de todo el que sentido
tiene.

GONZ. Tu franqueza alabo.
Pero aun así te suplico
que te moderes.

MARIA. No puedo
ser más amable contigo.

GONZ. ¡Debe ser grave mi falta!

MARIA. Oyeme...

GONZ. Soy todo oídos.

MARIA. Gonzalo, yo no conozco
esos amores de niño
que los poetas celebran
para encanto de aturcidos.
Acaso por mi carácter,
tal vez porque en este siglo
se piensa de otra manera
que allá en los tiempos antiguos,
no sólo no me entusiasman
las penas y los martirios
que por el amor se sufren...
se sufrían, mejor dicho,
sino que de esos amantes
y sus lágrimas me río.

GONZ. Está muy bien. (Con afectado asentimiento.)

MARIA. En el mundo,
sin embargo, es tan preciso
el enlace de dos seres,
que el amor ú otro designio
han de ser sustento y base
de esa unión siglos y siglos.
Y convencida de esto,
con templanza he discurrido
que, ya á mi edad, convenía
tomar estado, y he visto
las ventajas que alcanzaba
aceptando por marido
á tu amigo Ernesto, joven,
elegante, único hijo
de los marqueses de Casa
Dionís, y por esto mismo
hoy ya Marqués: lo bastante
para dar honra y prestigio.
Así, que acepté con gusto.
¿Qué has hecho, hermano, ó que has dicho,
que cuando para hoy estaban
citados nuestros amigos
para asistir á mi boda
ó á la firma, que es lo mismo,
de esponsales, se varía
el proyecto, y averiguo
que por disgustos que has dado

sin razón y sin motivo
por el casamiento, queda
deshecho ó interrumpido?

GONZ. ¿Son esas tus quejas?

MARIA. Justo.

GONZ. ¡Son bastantes!

MARIA. Y te exijo
explicación de un suceso
del que ya nuestros amigos
se ocupan, tal vez con mofa,
quizás con peor designio.

GONZ. Pues, María, prescindamos
de argumentos y de dichos,
que de discusión pudieran
ser abundante motivo.

Alza los ojos y mira
allá lejos; aquel sitio;
(Por la puerta de la izquierda)
junto á la ventana abierta
que da al jardín. Ese tipo
de virtud, cuya mirada
se pierde en el infinito;
esa mujer abstraída
en sus penas, el motivo
es de mi extraña conducta.
Entra á verla: no hay peligro.
Recibirá tu visita
con gran placer, con el mismo
que me ha tendido sus brazos.
Pregúntale los motivos
de esto que tú no comprendes:
los referirá, de fijo;
y has de creerlos, sin duda;
como que antes de decirlos
te habrá confesado el lazo
que la une á tí; te habrá dicho,
entre caricias y besos,
y lágrimas y suspiros,
que es tu madre.

MARIA. (Con gran sorpresa y emoción.)

¿Qué? ¡Mi madre!

GONZ. Y... ya ves; no ha de mentirnos.

MARIA. ¡Mi madre!... ¿Pero qué?... ¿Cómo?...

(Aturdida.)

¿Qué dices?

GONZ. Lo que te digo

ella lo dirá más claro.

Entra, no tardes. (Obligándola.)

MARIA. (Con gran emoción.) ¡Dios mío!

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

GONZALO

¡Oh! ¡Si tan fácil me fuera

salir de este laberinto

de temores y de dudas!

¿Y por qué no? ¿No litigo

en favor de un inocente?

¿Por qué temo ser vencido?

¡Oh! ¡Triunfaré! De pensarlo

lloro de placer y río

y me olvido de mis penas,

de ese lance, de que hoy mismo

puedo perder mi ventura

muriendo en el desafío.

¡Mas bueno es pensar ahora

en morir! ¡Mi padre! (Va á salir.)

PEDRO. (Entrando y deteniéndole.) ¿Hijo?

ESCENA III

GONZALO y DON PEDRO

PEDRO. ¿Vas á salir? (Alto.)

GONZ. Es temprano

todavía.

PEDRO. ¿Te molesta

mi visita?

GONZ. ¿Pues no es esta

la casa de usted, y vano

el lance á que estoy sujeto

por la oposición que hallé,

- para que siga hacia usted
mi cariño y mi respeto?
- PEDRO. ¿Hay algo del desafío?
- GONZ. Pienso que eso esté arreglado:
dejé el asunto encargado
á personas, que confío
han de terminar!o bien.
¡A qué disgustarte ahora! (Aparto.)
- PEDRO. ¿Es verdad? (Asentimiento en Gonzalo.)
En buena hora.
Vengo á hablarte. Escucha. Ven.
Nuestra contienda es muy grave;
seguir así no se puede;
si uno de los dos no cede
no hay manera de que acabe.
No entra en mi ánimo la idea
de seguirla ni agravarla,
y vengo hoy á terminarla
de cualquier modo que sea.
Ya ves si me hallo propicio:
busco la terminación
conquistándote en razón,
ó aceptando el sacrificio.
- GONZ. ¡Entonces!... (Con alegría.)
- PEDRO. (Comprendiendo.) Mas no me entrego,
ni mi empeño se rebaja;
ni aproveches la ventaja
de que conoces mi juego.
Si yo te convengo, cede;
si te persuado, no insistas,
que jugar á cartas vistas
se puede con quien se puede.
- GONZ. Desde luego.
- PEDRO. En ti confío.
- GONZ. Bien puede usted confiar.
- PEDRO. Pues vamos á comenzar.
Ponte en razón, hijo mío.
De historias prescindiremos,
que presumo que conoces.
El vulgo refiere á voces,
é impedirlo no podemos,
pues cierto se considera

- que tu madre es delincuente.
- GONZ. Lo referirá ¿mas miente?
pues que diga lo que quiera.
- PEDRO. Si discutes con malicia...
- GONZ. Me ajustaré á la razón.
- PEDRO. Volvamos á la cuestión.
Si á resolver en justicia
me llamas en este asunto,
no sé cómo resolver:
fuera preciso poner
la verdad tan en su punto,
que ni una idea contraria
la empañase. Yo no veo,
á pesar de mi deseo,
la verdad que es necesaria,
- GONZ. ¡Qué dice usted! (Con asombro.)
- PEDRO. Lo que digo
es cierto.
- GONZ. (Confuso.) ¡No puede ser!
Yo escuché de usted ayer
lo contrario, y no consigo
entender, sin que á mi acuda...
- PEDRO. Hice una suposición,
que tomaste en la cuestión
como afirmación sin duda.
Afirmar no afirmé nada.
- GONZ. ¡De modo, que usted, señor,
dudas tiene de su honor!
- PEDRO. Ya lo he dicho.
- GONZ. (Aparte.) Me anonada
tal circunstancia en mi intento.
Pero en fin; el fundamento (Alto.)
de esa duda desdichada.
Ella se arraigó en su mente
por algo grave, de fijo.
- PEDRO. Por lo que un malvado dijo,
que es lo que dice la gente.
¡Él era el supuesto amante!
- GONZ. ¿Pero pruebas?... (Con esperanza.)
- PEDRO. ¿Pruebas?... No.
- GONZ. ¡Ah! entonces... (Con alegría.)
(Con convicción.) ¡Entonces yo

una tengo que es bastante,
y expondré si es necesario
en favor de mi querella!

PEDRO. ¡Una prueba! (Con esperanza.)

GONZ. (Con sencillez.) Y grande: que ella (Por su madre)
me asegura lo contrario.

PEDRO. ¡Y esa es la prueba! (Con desaliento.)

GONZ. ¡Evidente!

PEDRO. Para un mancebo aturdido.

GONZ. ¡Usted la falta ha creído
por lo que dice la gente!
Pues no le sorprenda, padre,
en esta ruda pelea,
que yo lo contrario crea
por lo que dice mi madre.

PEDRO. Discutamos con cordura.

GONZ. Sí señor, como usted quierá.

PEDRO. No habrá forma ni manera
de salir de esta amargura
como busco y te propones,
si para juzgar mejor,
prescindiendo de tu amor,
en mi caso no te pones.
Ponte en él, y yo confío
en que no es mío el fracaso.

GONZ. ¡Mas, si me pongo en su caso,
usted se pondrá en el mío!

PEDRO. Se trata de tu mujer;
de su virtud desconfías:
piensa bien y dí, ¿qué harías?

GONZ. Pues no sé qué responder
por lo de desconfiar,
porque en honor imagino
que no existe más camino
que creer ó que negar.
Pero haciéndome violencia
admitiré la porfía.

¿Me pregunta usted qué haría?
Pues mirando á mi conciencia,
que es donde se debe ver,
sin vacilación le digo,
que en la duda no castigo,

porque eso no puede ser.
¿Ella faltó? pues que pene.
¿Se duda? pues, concluido:
no hay código ni lo ha habido
que con la duda condene.
Y, padre, entre perdonar,
que puede ser inocencia,
ó sin perfecta conciencia
de la falta, castigar,
que es un delito evidente,
preferiera de buen grado
ser de cándido tachado
á aparecer delincuente.
Pareciéndolo no más
al vulgo, porque de fijo,
lo que es delante de un hijo
no lo aparezco jamás.
Porque, ¡quién habrá que explique
que un padre su error confiese,
ante un hijo, y que le pese,
y aunque así le mortifique
persista firme en su objeto,
y se niegue á hacer bondad!
¡Pues adiós autoridad;
y estimación; y respeto!

PEDRO.

Tu terquedad se denota.

GONZ.

¿No bastan mis conclusiones?

Pues pida usted más razones,
que el material no se agota.

PEDRO.

Fuera inútil. Convencerte
no es posible; bien lo veo.
Se cumplirá tu deseo; (Con resignación.)
vencerá el débil al fuerte;
procederé sin juicio.
¿Qué más quieres? En rigor,
antes que á tu desamor
me someto al sacrificio.
Pero cedo, y nada más,
á que aquí viva: has de ver
que es ya cuanto puedo hacer;
ser su marido, jamás.
No podré dar al olvido (Con amargura.)

este recelo funesto...

En fin, no tratemos de esto; (Dominándose.)
está todo concluido.

GONZ. ¡Aún la mente no confía! (Con gran sorpresa.)

PEDRO. ¡Pues fuera bueno el bromazo!

GONZ. ¿Pero es verdad? (Con duda.) ¡Un abrazo!
(Convencido.)

PEDRO. Te le doy sin alegría. (Abrazándole.)

GONZ. ¿Por qué?

PEDRO. Pues porque te hace
lo que es desgracia, reir.

GONZ. El tiempo lo ha de decir:
démeme usted que le emplace
para un año, y es exceso:
en tal período confío
en que con su amor y el mío,
dirá convicto y confeso,
viendo que esa desdichada (Por Mercedes.)
sólo bondades encierra,
que no hay mujer en la tierra
más digna de ser amada.
Yo entonces...

PEDRO. Daño me hace
tu esperanza.

GONZ. (Con mucha alegría.) ¡Á mí, reir!
¡Verá usted!... (Suenan las dos.) He de salir.
(Al oír la hora.)
¿Quiere que otra vez le abrace? (Lo hace.)
¡Y otra, y otra, que hay razón!
¡Si aún no lo creo, Dios mío!
¡Ahora corro al desafío; (Aparte.)
ya me sobra corazón! (Vase.)

ESCENA IV

DON PEDRO

¡Contento val Sin embargo,
esa ventura que logra
es á costa de mi dicha.
¿Y quién sabe? De mi esposa
la conversación frecuente...

(que no hay falta que se esconda
mucho tiempo cuando hay trato
íntimo con la persona,)

podría, como mi hijo
dice, deshacer las sombras
en mi cerebro, expresarme
que fué injusta mi zozobra.
¿Por qué no? ¡Sueños de loco!

(Con desaliento.)

¡Las ilusiones no toman
carta de naturaleza
sino entre la gente moza!
¡Esta es la edad de la duda,
de la sospecha! Y ahora
que he cedido, no recelos,
casi pruebas de deshonra
me asaltan, que me enloquecen
y su infamia me denotan. (Aparece Ramón.)
¿Quién?

RAMON. Esta carta. (Entregándole una.)

PEDRO. (Tomándola.) Corriente. (Vase Ramón.)

De la Marquesa. (Abriendo la carta.)

Se logra

al fin mi gusto. (Después de leer.) Retira
el compromiso de boda
entre María y su hijo.

Está bien. ¿Y lo razona...? (Volviendo á leer.)
Disgustos... humillaciones...

(Repasando la carta.)

¡Á ver! ¿Qué es esto? (Con sorpresa.)

¡La nota

que pone á mi nombre y fama
la prensa de hoy! ¿Qué cosa

(Tomando de la mesa un periódico y buscan-
do en él.)

puedo decir? Sí; mi nombre.

Esto será. Ya se toma (Después de leer.)

como un hecho: se refiere
mi avenencia con la esposa.

¡Pero yo en esto no veo!...

(Buscando otra vez en el periódico.)

¡Ah! Sigue aún. ¿Y qué importa

(Después de leer.)
al público que yo abra
mis salones desde ahora
con tal motivo? ¡Qué es esto!
(Fijándose otra vez en el periódico.)
¡Á interés esta concordia
se atribuye! ¡Con qué saña,
con qué intención se pregona
que la culpable Mercedes
resucitada, mi esposa,
viene á heredar de su padre
una fortuna que asombra!
¡Oh, bien te has vengado, Ernesto,
del lance de ayer! ¡Tu obra
adivino en este escrito!
¡De vil metal, vil escoria!
(Dejándose caer en un sillón.)

ESCENA V

DON PEDRO y MERCEDES

- MERC. ¿Gonzalo?
(Á don Pedro tomándolo por su hijo.)
PEDRO. (Sorprendido.) ¡Cómo!
MERC. (Conociendo su error.) ¿Era usted?
PEDRO. Sí, yo soy; pero no huya.
(Advirtiéndole que va á retirarse.)
Esta casa es ya la suya,
(Con fingida complacencia.)
mis temores deseché,
y todo quedó arreglado.
No puede usted estar quejosa.
Cede el marido á la esposa;
es decir, que usted ha triunfado.
MERC. ¡Qué! (Con sorpresa.)
PEDRO. ¿Le extraña? Comprendido;
no me sorprende esa duda:
en esta contienda ruda
usted no hubiera cedido,
y por eso resistió;
mas como era menester

- en uno ú otro ceder,
al fin he cedido yo.
Posesión puede tomar
cuando guste... (Por la casa.)
- MERC. (Con desdén.) No me daña
esa agitación extraña,
que parece censurar
mi empeño ó mi obstinación
y el desenlace... funesto. (Con ironía.)
- PEDRO. ¡Para usted!...
- (Arguyendo con igual intención.)
- MERC. (Con sequedad.) Dejemos esto.
Otra más grave cuestión
que discutir, ó probar
ó defender mi inocencia,
me pesa hoy en la conciencia.
Suspenda, pues, la aflicción
que le causa el beneficio, (Con ironía.)
y recobre su placer:
no tema. ¡Si al fin va á ser
inútil su sacrificio!
- PEDRO. ¡Qué dice usted! (Con sorpresa.)
- MERC. La verdad.
- PEDRO. ¿Pero por qué? ¿En qué consiste?
(Sin entender.)
Será porque usted desiste
(Con duda. Signo de afirmación en Mercedes.)
¿Y eso de su voluntad?
(Mercedes afirma otra vez.)
No entiendo... Y aún me parece
insensatéz ó locura.
- MERC. Pues tal es mi desventura. (Con pena.)
- PEDRO. Á quien la salud se ofrece,
(Sin encontrar la explicación.)
y el fin de sus males toca
¡puede, con sana razón,
rechazar su curación!
- MERC. Sin duda que yo estoy loca.
Pero ello ha de ser así. (Con decisión.)
- PEDRO. Ó no será; yo he cedido
ante el acento sentido,
ante el tierno frenesí

de un hijo que es mi alegría,
y si consiste la suya
en que usted se restituya,
triunfante con su porfía,
á esta casa, no he de ver
su rostro alegre y sereno
si usted abandona el terreno
por capricho... ó por deber. (Con recelo.)
Así, por Gonzalo exijo...

MERC. Es inútil porfiar.

PEDRO. O llegaré á sospechar
que ni quiere usted á su hijo.

MERC. ¡Pedro! (Protestando.)

PEDRO. Lo juzgo evidente.

MERC. ¡Porque me presto á morir!

(Con resignación.)

Sólo usted sabe sentir,
yo ni sé cómo se siente.
Por respeto á mi opinión, (Justificándose.)
por vivir con esos seres, (Por sus hijos.)
siendo míos sus placeres,
con entera decisión,
sin importarme el enojo,
hace dos días batallo
en la lucha en que me hallo;
esta dicha ó este antojo,
como usted quiera, en que sigo
hace tiempo, terca y dura,
viendo en ello mi ventura,
ya sin esfuerzo consigo;
y el arrojo varonil
que resistió en la porfía,
cede hoy ante una manía,
ante un espanto pueril,
que quizás si en este empeño
la mente de usted hiriera,
tomara como quimera
ó rechazara por sueño.
Pero ello amarga mi vida.
¡Y qué supone, qué importa
en esta existencia corta
vivir ó no escarneada!

Voy á salir. (Con decisión.)
PEDRO. Oye, espera.
Deja al menos que te hable.
Yo no soy un miserable,
tú lo sabes, si lo fuera,
ante el temor que me abrasa
de verme en mi honor herido,
no hubiera condescendido
á admitirte en esta casa.
Hago más; no se por qué
rechazas mi abnegación;
no hay motivo, no hay razón,
puesto que no me obligué
sino á que vivas aquí,
para que en mi empeño insista;
y yo me encuentro á tu vista
como dudoso de mí.
¿Es que es acción censurable
lo que juzgué rectitud?
¿Es que no es esa actitud,
la actitud de la culpable?
¿Que al rechazar la avenencia
que ofrezco en tu beneficio,
pienso que hay un sacrificio
que te impone una violencia?
No lo sé; pero en razón
á la pena que en tí veo,
ensánchase en mí el deseo
de darte mi estimación.
Hablemos, pues, con más calma,
y resolvamos después.
MERC Es tardío ese interés:
un temor me hiere el alma,
y no habrá quien lo detenga,
según la mente me abrasa.
¡Oh! sí; salgo de esta casa
antes que Gonzalo venga...

ESCENA VI

DON PEDRO

¿Mercedes? (Intentando detenerla.)

Insistir debo. (Vacilando.)

¿Pero por qué? La promesa
he cumplido: mi Gonzalo
no pudo pensar siquiera
en obligarme á esta impropia
solicitud; sólo es ella
quien por temor ó recelo
se opone á nuestra avenencia.
Y en todo caso yo hice
más que el deber aconseja.
(Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VII

LAURA

¡Tampoco está aquí! ¡Dios mío!
(Con amargura.)
¿Pero á qué viene este llanto?
(Intentando serenarse.)
Aunque falte de la casa,
como dicen, hace rato,
¿ha de ser verdad por esto
el desafío? Gonzalo
y Ernesto desde hace mucho
se conocen; han estado
viviendo en el extranjero
lo mismo que dos hermanos.
¡Iban á acabar ahora
por batirse! Sin embargo;
son tan tenaces los hombres,
y proceden en los casos
que llaman de honor, de un modo
tan feróz y tan extraño,
que la amistad y el cariño
no les impiden llevarlos
á efecto, y aun con más saña
si antes de ello se estimaron.
¡Si fuese verdad! ¡Si ahora,
en este momento acaso!...
No lo permitan los cielos.

¡Mi Gonzalo! (Con pasión.)
(Con pena.) ¡Mi Gonzalo!
Ni pretende despedirse
de mí, ni me dice, ingrato,
sus disgustos; y en dos días
ni siquiera ha procurado
verme un momento. ¡Y yo lloro
por él! ¡Y me apeno tanto
por este lance! ¡Y daría
mi vida por evitarlo!
Pero parece que escucho
un rumor... Sí; son sus pasos.
(Mirando por la puerta del foro.)

ESCENA VIII

LAURA y GONZALO, que entra sin verla.

GONZ. El asunto ha concluido
y por dicha sin gran daño.

LAURA. ¡Habla solo! (Observándole.)

GONZ. (Reparando en ella y con mucha alegría.)
¡Laura! ¡Laura!

LAURA. Deje usted esos halagos, (Deteniéndole.)
que estoy de usted muy quejosa.
Me encuentra aquí porque al cabo,
ofendida ó no, no dejo
de tener con usted lazos
de parentesco, y me duelen
por esta causa sus daños.
Por casualidad há poco
oí decir á los criados
no sé qué de desafío;
y como al tratar del caso
nombraron á usted y á Ernesto...

GONZ. Ese es asunto arreglado.
El suceso hace muy poco
terminó sin gran extrago:
algunos días de cama.

LAURA. ¿Pero, ¿te has batido? (Con gran sobresalto.)

GONZ. ¡Claro!

Hace unos cuantos minutos.

LAURA. ¿Y le heriste?

GONZ. Sí, en un brazo
le alcancé; que si la suerte
no me desvia la mano,
y soy en herir certero
como duro en el asalto,
lo que es herida que sana
fuera para nuestro daño
irreparable desdicha.

Mas no te asustes, no hay caso

(Tranquilizándola.)

El castigo es por ventura

muy inferior al agravio.

Pensemos en tu disgusto.

(Desechando la idea.)

¿Qué tienes conmigo? ¡Vamos!

Que hace veinticuatro horas

ni te busco, ni te halago,

ni... Pues no lo sabes todo,

y vas á saberlo. El caso

(Con fingido misterio.)

es más grave que imaginas:

¡como que todo es causado

por una dama!

LAURA. (Con sorpresa y recelo.) ¡Una dama!

GONZ. ¡Oh, no temas! Si la llamo,

á su solo nombre cesan

tus recelos. Ve observando.

(Dirigiéndose á la primera puerta de la izquierda.)

¡Madre! (Llamando.) Dime:

(Á Laura.)

¿te molesta

tan dulce nombre en mis labios?

LAURA. ¡Tu madre! (Con gran sorpresa.)

GONZ. Justo.

LAURA. ¿Mas cómo?...

GONZ. El cómo es asunto largo.

Ahora voy á presentarte,

y ella dirá...

para presentarse á usted
y admitirla como esposa.
No sea usted rencorosa,
que él entona el yo pequé,
y obligación del cristiano
es, y de las almas buenas,
perdonan culpas ajenas,

MERC. ¿Él ha transigido? (Distraída.)

GONZ. ¡Es llano!

MERC. Gonzalo, al fin voy á hablar
(Decidiéndose.)

con la verdad que conviene.
Tu padre... tu padre tiene
buen juicio, á no dudar,
y las razones que aduce
en la causa que sustenta,
merecen tenerse en cuenta.

GONZ. ¡Qué es esto! (Aparte, sorprendido.)

MERC. ¿Ni á qué conduce

ese empeño temerario
de rehabilitarme aquí,
si el mundo me juzgó así,
y no pensará en contrario
si más razones le dan?
¡Las pruebas son muy dudosas!
Mejor es dejar las cosas
en el estado en que están.

GONZ. ¿Que usted abandona el terreno? (Sin entender.)

MERC. Causas tendré.

GONZ. Por lo visto.

Pero es que yo no desisto. (Con resolución.)

MERC. ¡Qué dices! (Con sorpresa y temor.)

GONZ. ¡Que fuera bueno

abandonar con notoria
flaqueza en este debate,
victorioso en el combate,
el premio de la victoria!
No habrá forma de que ceda
si no hay para ello razón.

MERC. Puede haberla.

GONZ. En la cuestión
de que se trata, no queda

argumento que oponer
á que en mi empeño persista,
y me fuerce á que desista,
sino uno que no ha de ser.
Como sólo ante esa idea
cediera, es como decir
que no puedo desistir.

MERC. Pues es preciso que sea. (Con seriedad.)

¿No tengo yo autoridad
sobre un hijo? ¿A su placer,
no puede una madre hacer
uso de su voluntad?

GONZ. ¿Y es esa salir de aquí? (Con recelo.)

MERC. ¿No lo ves? (Con aparente tranquilidad.)

GONZ. ¿Y no obligada?

¿No influye fuerza ni nada
en que usted proceda así?
En fin, ¿que en usted no impera
sino su gusto?

MERC. Evidente.

GONZ. ¿Esto es verdad? (Mercedes afirma.)

Pues corriente;

(Con fingida resignación.)

puede salir cuando quiera.

MERC. ¡Cede así! (Aparto con gran sorpresa.)

GONZ. (Observándola.) Ya condesciendo.

MERC. Adiós pues. (Resolviéndose después de vacilar.)

GONZ. (Con rapidéz y deteniéndola.)

Pero entre tanto

contenga usted ese llanto,
porque la va á usted vendiendo.

MERC. ¡Cómo! ¡qué! (Secándose las lágrimas.)

GONZ. Para mentir

se necesita costumbre;
si no, quemar como lumbre
las palabras al salir;
el labio que torpe fué
vacila, la voz no es clara
y se enrojece la cara:
eso le sucede á usted.

MERC. ¿Y bien? Obligada ó no (Con resolución.)
por la fuerza de una idea,

ello es preciso que sea.

GONZ. ¡Y así será! (Con fingida condescendencia.)

Pero yo

que este galardón recibo
por luchar en su provecho,
tendré al menos el derecho
de conocer el motivo.

MERC. Cumpló un deber.

GONZ. (Con sorpresa.) ¡Un deber!

MERC. O quizá es sólo cuestión

(No sabiendo qué decir)

de conveniencia En razón
y justicia, á una mujer
de carácter como el mío,
tan opuesto al de su esposo,
no puede ser provechoso
el someter su albedrío
á otra firme voluntad
que sólo á su gusto escucha;
fuera una continua lucha.
Esta es, hijo, la verdad.

GONZ. ¿La verdad?... ¡Tarde, señora, (Con duda.)
su extraño deber entiende!

MERC. No me agravia, no me ofende
tu reconvención de ahora.

Has luchado como un loco... (Disculpándole.)
consigues el triunfo y vengo ..

GONZ. ¡Madre, si no reconvengo! (Con cariño.)
pero no es eso tampoco.

MERC. ¡Tienes empeño en dudar! (Contrariada.)

GONZ. Y usted en hacerme creer (Con sencillez.)
cosas que no pueden ser.

MERC. Pues en fin; para acabar,
y porque en tu empeño cejes
y á mi anhelo condesciendas,
entiéndaslo ó no lo entiendas,
es preciso que me dejes.

Mi propósito formé,

y es mi gusto, lo... aseguro. (Vacilando.)

GONZ. lba usted á decir, lo juro,
y no se ha atrevido usted.

MERC. ¿Pero á qué viene dudar?

- GONZ. ¡Claro, como que es la cosa más sencilla y más juiciosa y más fácil de explicar, sin discurrir con exceso, que quien fundó su alegría en su hijo con tal porfía, renuncie á verle!
- MERC. ¡No es eso! (Con viveza.)
No es eso lo que aquí pasa; no confundas mi exigencia: yo me resigno á la ausencia... á no vivir en la casa.
- GONZ. Pues eso; ya lo entendí.
- MERC. Mas no con el desvarío de no ver al hijo mío, porque él irá á verme á mí.
- GONZ. ¡Cómo! (Con mucha alegría.)
- MERC. (Con sorpresa.) ¿Te extraña quizás?
¡Matar yo mis alegrías!
(Con acento de protesta.)
¡Te veré todos los días; una vez ó dos... ó más!
¡Cómo renunciar á til!
- GONZ. ¡Quiere usted verme! (Con mucha alegría.)
Corriente: (Con resolución.)
pues entonces, madre, cuente con que no sale de aquí.
- MERC. ¡Qué! (Con sorpresa.)
- GONZ. Le digo á usted que no.
- MERC. ¡Harás que me desespere!
- GONZ. Si usted tampoco lo quiere (Con cariño.)
¡cómo he de quererlo yo!
- MERC. ¡Déjamel (Queriendo salir.)
- GONZ. (Deteniéndola.) ¡Lucha excusada!
- MERC. Quiero salir, y ha de ser. (Porfando.)
- MARIA. (Saliendo y oponiéndose á que Mercedes salga.)
¡No!
- GONZ. ¡No te asustes, mujer!
(Con sencillez á María.)
¿no sirvo yo para nada?
Ahora verás.

ESCENA XII

DICHOS, DON PEDRO, MARÍA y LAURA

PEDRO. ¿Qué sucede?
GONZ. Pues, padre, muy poca cosa:
 que mi madre, que su esposa,
 sin que ya súplica quede
 que oponer en la cuestión
 como rémora á su idea,
 á toda costa desea,
 firme en esta decisión,
 salir de aquí,

PEDRO. Ya lo sé.
GONZ. Que yo pienso, pues lo toco,
 en este caso preciso,
 que se rompe el compromiso
 que contrajimos há poco.
 Y como este rompimiento
 un culpable manifiesta,
 como señal de protesta
 ó mejor de sentimiento,
 no pudiendo en la cuestión
 llegar al fin convenido,
 yo también he decidido
 tomar mi resolución.

PEDRO. Que no ha de ser en mi daño;
 fuera injusta de otro modo.

GONZ. Que ha de resolverlo todo,
 por procedimiento extraño,
 ó de encontrar resistencia
 ha de venir en substancia
 á hacer mayor la distancia
 é imposible la avenencia.

PEDRO. Pero antes has de saber
 que en respeto á lo acordado,
 su proyecto he censurado.

GONZ. ¿Con empeño, ó por deber?
 Este es el punto constante,
 y el que mi objeto obscurece:
 usted, padre, me parece

- que no ha insistido bastante.
Que la habrá hablado cortés;
mas con seriedad evidente,
diciéndola que consiente.
¿Y bien, padre? esto no es.
- PEDRO. ¿Y aunque fuera de ese modo?...
- GONZ. Tal vez hizo usted de más;
pero ó no hacerlo jamás
ó de hacerlo, bien del todo.
Este mi deseo fué.
- PEDRO. Y lo hice como quisiste.
- GONZ. Sin embargo, ella persite
y hay que saber el por qué,
si algo se ha de decidir.
- MERC. Te parecerán quimeras;
¡Pero no quiero que mueras!
- GONZ. ¿Y quién piensa ahora en morir?
- MERC. Tienes un lance pendiente.
- GONZ. Asunto ya terminado.
- MERC. ¡Ah! no cesa mi cuidado,
á otro te induce la gente.
Siempre á la lucha cruel
te obligará. No desisto.
- GONZ. Ya comprendo. Por lo visto,
usted leyó ese papel.
(Por el periódico que hay sobre la mesa.)
- MERC. ¿Sabes?
- GONZ. También lo leí;
á retractarse se ajusta.
- MERC. Pues bien, Gonzalo, me asusta
verte en peligro por mí.
- GONZ. Ese temor es ocioso.
- MERC. Pero invencible mi empeño. (Con resolución.)
- GONZ. Como mi padre es su dueño,
y su esfuerzo poderoso
me ayudará en la cuestión...
- PEDRO. ¡El mío! (Con extrañeza.)
- GONZ. Sin que suplique.
En cuanto yo les explique
cuál es mi resolución.
Tiene gran fuerza; de más.
- PEDRO. ¿Cuál es?

GONZ. Que si de aquí pasa,
 (Por la puerta.)
yo me marchó de esta casa
para no verlos jamás.

LAURA. ¡Ah!

MARIA. ¡No!

MERC. ¡Nunca!

PEDRO. (Con resolución.) Es mi mujer;
la obligaré si persiste.

GONZ. ¿Ve usted, padre? así se insiste,
y así se obliga á ceder.

MERC. ¡Hijo! (Con acento de súplica.)

GONZ. Deje ese temor. (A Mercedes.)

MERC. Pero...

GONZ. Fie usted en mí:
algo ha sucedido aquí
que ataja al murmurador.
El público sorprendido
sabrà mañana el percance,
que en un desdichado lance
salió Ernesto mal herido.

PEDRO y MERCEDES. ¡Cómo!

GONZ. Y así se embaraza
la lengua del maldiciente;
que el hierro es cosa excelente
para servir de mordaza.

PEDRO y MERCEDES. ¡Gonzalo! (Abrazándose á él.)

GONZ. Ya la opinión
su espíritu hostil modera;
y asómbrese cuanto quiera,
lamente la solución
de que la virtud en juicio
habido con la dobléz,
haya obtenido una vez
mayor crédito que el vicio.

FIN DE LA COMEDIA

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos.....	1	Sres. Larra y Gullón.....	Todo.
Leonor I de Aragón.....	1	Pedro Navarro.....	»
Olas de sangre.....	1	Manuel Izquierdo.....	»
Por un sombrero.....	1	J. Guijarro y F. Olona....	»
Clown.....	3	José Fola.....	»
El molino del Carmen.....	3	José Fola.....	»
Lo sublime en lo vulgar.....	3	José Echegaray.....	»
Mar y cielo.....	3	E. Gaspar y A. Guimara...	»
Teresa.....	3	José Fola.....	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!.....	1	Tomás Gómez.....	M.
Certámen nacional.....	1	Perrin y Palacios.....	L.
Despacho parroquial.....	1	Tomás Calamita.....	1/2 M.
El golpe de gracia.....	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1/2 M.
En la plaza de Oriente.....	1	Cuevas.....	L.
Epilogo.....	1	Rojas, Ruiz y San José ...	L. y M.
La cruz blanca.....	1	Ferrin y Palacios.....	L.
La verdad desnuda.....	1	Arniches y Cantó.....	L.
Pepa, Pepe y Pepín.....	1	Rafael M. Liern.....	L.
Perder la pista.....	1	Luis Larra.....	L.
Plan de estudios.....	1	Calixto Navarro.....	1/2 L.
Por España.....	1	Varas, Rojas y San José..	L. y M.
Quedarse in albis.....	1	Rafael Taboada.....	M.
Timos conyugales.....	1	Luis Arnedo.....	M.
El rey reina.....	2	M. E. Tormo y M. Nieto...	L. y M.
Nanón.....	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1/2 M.
Una broma en Carnaval.....	2	Casademunt y Strauss,...	L. y M.
Sustos y enredos.....	3	Juan Garcia Catalá.....	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.